

Biografía del Siervo de Dios Juan Sánchez Hernández

**Fundador del Instituto Secular Femenino
Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote**



María Concepción Martínez Mainar

Biografía del Siervo de Dios Juan Sánchez Hernández

Fundador del Instituto Secular Femenino
Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote

María Concepción Martínez Mainar

Edita: Instituto Secular Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote
Autora de la Publicación: María Concepción Martínez Mainar
Archivo Documentación / Fotos: Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote

©: *Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote*

Producción Gráfica: Servigrafía. Madrid, 2002

A mis compañeras de Instituto
y a los familiares del Siervo de Dios.

Índice

1. <i>Presentación</i>	Pág. 9
2. <i>Infancia y primeros años del Siervo de Dios</i>	Pág. 23
3. <i>El Siervo de Dios Seminarista externo</i>	Pág. 27
4. <i>Seminarista interno en Salamanca</i>	Pág. 31
5. <i>Sagradas Órdenes y Ministerios</i>	Pág. 33
6. <i>Fundador del Instituto Secular femenino Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote</i>	Pág. 51
7. <i>Última enfermedad y muerte del Siervo de Dios</i>	Pág. 73
8. <i>Fama de Santidad y de Virtudes heroicas</i>	Pág. 77
9. <i>Últimos Testimonios acerca del Siervo de Dios</i>	Pág. 85
<i>Siglas</i>	Pág. 93

Presentación

A pesar de haber conocido a D. Juan Sánchez Hernández, no es fácil para mi escribir sobre él. Tengo el temor de no saber plasmar la hondura de su alma, su exquisita figura sacerdotal, el alto grado de virtudes que vivió como la cosa más natural y que arrastraba a toda persona que lo trataba.

Frecuentemente, en los testimonios que han llegado a la sede de la Causa,



hemos leído: “Oírlo, tratarlo, obligaba a transportarse a una clave sobrenatural; de lo contrario no era posible la sintonía”.¹

Vamos a poner ante nuestra vista el perfil de un hombre, un cristiano, sacerdote y fundador, cuyo ideal fue la santidad.

Lo iremos siguiendo, paso a paso, desde su infancia, dirigida y acompañada por su madre, quien puso todo su esmero en formar a sus hijos en el amor de Dios, en el orgullo y el agradecimiento de pertenecer a la Iglesia y en vivir las virtudes en familia, más con el ejemplo que con exceso de palabras.

También presentaremos a un buen número de personas

¹ Testimonio n. 5, del *Excmo. Mons. D. José Delicado Baeza, Arzobispo de Valladolid, publicado en “Hermandad”* número 251-252, septiembre-octubre 1975.

que lo conocieron y trataron a lo largo de su vida, en las diversas ciudades que vivió el Siervo de Dios, por el ejercicio de su ministerio sacerdotal: familia, sacerdotes y seminaristas, miembros del Instituto que fundó, religiosas a quienes dirigió espiritualmente, y el amplio número de personas que le conocieron y han querido aportar sus testimonios, como un homenaje de cariño y agradecimiento a la solicitud de un sacerdote al que recuerdan con afecto y admiración.

Don Juan tuvo la suerte de vivir, en su familia, un ambiente profundamente cristiano; en ella se cultivaba con naturalidad y hondura, la recia fe castellana, heredada de Teresa de Avila, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara... y otros santos, a los que admiró y trató de imitar desde niño y a cuya santidad aspiró, teniéndolos como meta y amigos durante toda su vida.

Su Diario Espiritual, la abundante correspondencia que mantuvo con tantas personas: sacerdotes, seminaristas, miembros del Instituto que él fundó, y otras a quienes acompañó en la dirección espiritual, son la constatación de estas afirmaciones. Cuántas veces se repite en los testimonios que nos llegaron, tanto en vida como después de su muerte: “sólo buscaba la santidad, en sí mismo y en cuantos trataba o dirigía”.

Un santo es un signo de Dios, es como tener a Dios a la vista, entre nosotros, al cual palpamos por esos “signos” -personas y hermanos nuestros-, que se han tomado en serio las palabras y los deseos de Jesús: “sed santos, como vuestro Padre celestial es santo”. A los que vivimos

“a ras de tierra”, a los que somos mediocres, estas palabras de nuestro hermano Jesús, tan grandiosas y a la vez tan “posibles”, nos parecen “imposibles”; digamos claramente, nos parecen utopías... Pensamos: “sí, claro, eso lo propone “el santo por excelencia, Jesús”, pero anda, propóntelo tu, yo, nosotros...” Nos parece imposible, tan imposible como escalar el Everest la mayoría de los que no tenemos ni idea de alpinismo. Queda muy bonito, decimos, para leerlo, para meditarlo, incluso para desearlo... Otra cosa es fijarlo seriamente como mi ideal, como mi ardiente deseo, por el que viviré, oraré, y con la



Pensar cada noche: ¿Qué más pude hacer y no hice?. ¿Por qué? ¿Qué deberé hacer mañana...?

(Pensamientos, Don Juan.)

gracia de Dios llegaré a ser: “Santo, como mi Padre celestial lo es...” Ahí queda eso, casi nada. Pero... es posible.

Afirmamos esto porque tenemos modelos: hermanos y hermanas nuestros que sí lo han conseguido. ¡Tantos...! Casi incontables, como dice el Apocalipsis: “Vi una

multitud innumerable que nadie podía contar...” (Ap.7, 9).

En nuestro tiempo, en el recientemente terminado siglo XX, tenemos muchos modelos. De distinto corte; cada uno a su estilo, con su peculiaridad, con su personalidad. Todos distintos, un abanico de mujeres y hombres maravillosos y próximos, iguales a nosotros. Tenemos que creérnoslo porque es una evidencia. Son de nuestra misma pasta, de nuestro mismo barro; tan humanos como nosotros, con defectos, limitaciones, caídas, recaídas... pero con un gran coraje y una confianza ciega, total, en las palabras de Jesús: “Sed santos”.

Han sido testimonios de la fidelidad de Dios a las promesas hechas al ser humano desde el principio. Aquí nos ceñimos a D. Juan Sánchez Hernández. Fue un sacramento de la presencia de Dios en el mundo. No se descubría esto a simple vista, aunque hasta su porte externo nos elevaba del ras de la tierra; pero al tratarlo, incluso por poco tiempo, transparentaba cuanto llevaba dentro. Y dentro llevaba a Dios, o quizá esté más claro decir que él era llevado por Dios, vivía en Dios.

La vida de don Juan es un testimonio del matrimonio de la naturaleza divina con la humana. Fue un signo vivo de Cristo, principalmente de Cristo Sacerdote, su amor, su ideal, su meta. En cierto sentido, el santo es Cristo (2 Cor.3,18). Los santos son la alegría del mundo, la sal de la tierra, la luz, la levadura. Ellos cumplen las profecías de novedad y abundancia que brotan en Isaías, tan maravilloso, tan poético, tan atractivo. Un santo atrae sin proponérselo. Es un signo, un faro, -aceptado o

rechazado-, depende de nuestro espíritu luminoso o entenebrecido. Lo que sí es cierto es que no pasa inadvertido, que no deja indiferente.

La alegría de don Juan era la alegría triunfante de Cristo. ¡Ya pasó calamidades!. Desde niño, pobre, huérfano sin haber conocido a su padre, hijo póstumo; de seminarista y sacerdote, incomprendido, orillado en ocasiones, enfermo de por vida, con una salud quebradiza, con un conocimiento profundo de sus limitaciones humanas, de su pobreza, de sus dudas por la indiferencia y oposición de algunas personas a su proyecto fundacional. Pero anclado en la alegría del Cristo triunfante, que también sufrió como nosotros, como cualquier hombre, todas las debilidades de la condición humana. Ese anclaje fue en don Juan, más fuerte que toda contrariedad, que todo inconveniente. Así, de estas dos virtudes, escribe en su Diario: “Humillarme más, confesando mi debilidad e impotencia”². Se impone como un deber, la “humildad natural y alegre”³. “Ser abnegado, vivir muy unido y alegre, aunque sienta vacíos alrededor de mí”⁴. La fe de los santos mueve montañas; aquí se demuestra: “si tuvierais fe como un grano de mostaza...”



Joven seminarista con Don Andrés, su protector

Hombre del Espíritu, que humildemente se dejó guiar y

² *Diario Espiritual*, Retiro Noviembre 1941

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.* Ejercicios 1944.

llegó a buen puerto. En él, el Espíritu Santo testimonió el amor de Dios por el mundo, concretamente en el sacerdocio, en el grupo sacerdotal y en todo creyente que vive y estima su sacerdocio real, su misión profética.

La persona que anhela la santidad es un testimonio del misterio de Dios con nosotros, en su Hijo Jesucristo.

Todo santo es también un apóstol; las exigencias de Dios le hacen imposible ser cualquier otra cosa. Apóstol fue don Juan; le quemaba interiormente el celo apostólico; cifraba su ministerio en “formar a los seminaristas para que fueran sacerdotes santos”. Esto lo repite muchas veces, lo leemos a menudo. Era otro de sus pensamientos y deseos fundamentales. Tenía muy claro que a ser apóstol no se aprende en los libros, sino en la cercanía con Cristo, viviendo con Él y en Él, porque el apostolado es la irradiación de Cristo por la gracia del Espíritu. No es cuestión sólo de predicar el Evangelio, sino de “ser Evangelio”, ser uno mismo Buena Noticia para todos, ser Jesús, dejar salir el Jesús que vive en mi, en ti, en los que lo llevamos dentro.

Don Juan era un ser débil a los ojos del mundo. Su escasa salud la comenta él mismo en carta al Superior General de la Hermandad de Sacerdotes Operarios, don Joaquín Jovani, echada el 12 de septiembre de 1929: “ayer sufrí una inquisitoria auscultación muy detenida; esta mañana me han observado a través de Rayos X, resultando en consecuencia el siguiente diagnóstico, que en su parte principal coincide con el del Sr. médico de Panticosa: “fibrocascosis común en hemitorax derecho, con refuerzo

hiliar y pleuritis en izquierdo. Dominio fibroso”. Lo cual, según he podido entender, quiere decir que el pulmón derecho padece pequeñas lesiones en toda su base y que el izquierdo, por razón del trabajo extraordinario que ha de realizar, en virtud del estado de su compañero, empieza a enfermar”.

Aprehendido por el Espíritu y transformado en Cristo, un espejo en el que Dios proyectaba algunos reflejos de sí mismo. El conocimiento y la experiencia de Dios es la sabiduría de los santos. El ahondó en la profundidad de su nada humana, por eso aparece ante nosotros con el resplandor de la misericordia divina, porque Dios transforma a los hombres en Él, para permanecer entre nosotros. Las delicias de Dios han sido siempre estar con los hijos de los hombres. Y el alma que está más llena de la misericordia de Dios le da la gloria más plena. Podemos encontrar a don Juan estudiando los detalles de su vida, de su historia, pero también encontraremos a Jesús en esa su historia.



Ilustración de Jesús María Villalba
(Sacerdote Operario Diocesano)

Acudimos una vez más a su *Diario*: “Si me vació de mí hasta que pueda decir con San Pablo “el yo, en mí, se acabó”, Dios me llenará de su fuerza y de su espíritu”⁵. “Convencido de mi limitada capacidad, abarcar menos y rendir más, con más oración, reflexión y perfección en el

⁵ *Diario*, triduo. Ejercicios 1943.

obrar... Soy pobre en todo. Mi solución: humillarme, confiar, suplicar y esforzarme. Si en adelante soy fiel a la buena oración... me irá bien”⁶

El camino hacia ese maravilloso conocimiento amoroso del “único Dios verdadero y de Jesucristo, a quien ha enviado” (Jn 17,3), es a través de la fe en Cristo crucificado. El camino de la cruz es imprescindible para cualquier cristiano. El abrazo con la cruz es un privilegio del Espíritu. La cruz da una luz especial, no solo para los ojos, sino para los abismos del corazón y le da una exquisita dulzura aún en los sufrimientos. “Ejercitarme en la piedad... en la humildad sin réplicas, amar mi ruindad, pedir humillaciones”⁷. Así testifican quienes conocieron al Siervo de Dios, repetidamente lo leemos: hasta externamente irradiaba paz, serenidad, equilibrio, armonía; dones, destellos de Dios, que nos regala a través de sus hijos que lo hacen presente entre nosotros y que nos mueven a tener la misma sed que ellos tuvieron. Si somos fieles, seremos muchos más los que gustaremos y seremos testigos, mensajeros del amor en el mundo.

Don Agustín Flores, también Sacerdote Operario Diocesano, con quien convivió, lo define así, en carta de 19 de agosto de 1976: “Hombre de oración, espíritu de fe, confianza y esperanza, penitencia y humildad, fidelidad a los compromisos y anhelo constante de renovación y santidad”.⁸

⁶ Ibid. Ejercicios 1950.

⁷ Ibid. Retiro Junio 1948.

⁸ Testimonio n. 12; 19 Agosto 1976.

También don Pedro Arganda, Capellán del Colegio Compañía de María, y ex - Operario Diocesano, testifica desde Talavera de la Reina (Toledo), en estos términos: “Sobresalía por su virtud y se le admiraba; sobre todo por sus largos ratos de oración y su continua presencia de Dios que se traslucía. Tenía fama de hombre de Dios. Contagiaba la vida sobrenatural con sus palabras y su mirada, acompañada de una afable sonrisa. Su ejercicio y espíritu de mortificación eran, sin duda, intensos, a juzgar por sus palabras en la dirección espiritual. Se comentaba mucho su austeridad, hasta llegar a hacer trabajos de servicio que no le correspondían”.⁹

Hay un extenso número de testimonios, a cual más interesante, que no vamos a transcribir por la obligada brevedad que esta biografía requiere. Todos ellos se encuentran en la documentación de la Causa para su comprobación. Leerlos, reflexionarlos, gustarlos, ha sido un gozo para el grupo que hemos trabajado en los distintos servicios que un proceso de canonización requiere. Podemos decir con alegría, que los meses dedicados a esta tarea, han sido una sorpresa al profundizar en escritos, testimonios, cartas, diario espiritual, cambios de impresiones... acerca del Siervo de Dios y una ocasión de alabanza al Padre por la vida de D. Juan Sánchez Hernández.

Sí queremos señalar que el trato con el Siervo de Dios no dejaba indiferente a nadie. La mayoría sentía una presencia, un algo más que natural, más que humano, que le hacía, al menos, reflexionar y elevar el espíritu; que

⁹ Testimonio n. 21.

reconfortaba, arrastraba y producía admiración, interrogantes, perplejidad. No era un hombre “corriente”; dejaba huella. Para algunas personas resultaba “incomprensible” por su originalidad. No era frecuente tratar con personas de ese estilo, de esa calidad, todos los días ni en cualquier momento. A este respecto, leemos: “Necesitaba confesarme con él y así se lo dije más de una vez. Fue mi confesor y director espiritual en el Colegio Español de Roma, desde 1939 a 1942. Me confortaba oírle hablar de Dios y mi alma se saciaba con la suya, abismada profundamente en el amor del Señor”¹⁰. Y también: “Me impresionaba su recia personalidad espiritual. Su conversación era siempre de las cosas de arriba. Frente a su vida era inevitable un sentimiento de propia confusión”¹¹

Don Juan Sánchez Hernández era mucho más de lo que traslucía. Tan discreto, tan humilde, había que adentrarse mucho en él para aflorar sus vivencias.

Admirable su decisión, desde niño, a ser santo. “Madre, yo quiero ser Juan de Dios”, fue su reacción, comunicada a su madre, doña Teresa, con motivo de una visita que los Hermanos de San Juan de Dios realizaron a su pueblo. Este deseo le marcó de por vida. En su diario espiritual se lee repetidamente, hasta machaconamente: “Quiero ser santo, debo ser santo”, tantas veces que casi resultan incontables. Todos cuantos lo conocimos se lo oímos frecuentemente. Era su fin, su meta, su mayor aspiración.

¹⁰ Testimonio n. 3 del Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Pablo Barrachina, Obispo de Orihuela-Alicante el 28 de Abril de 1976.

¹¹ Testimonio n. 25. De D. Rafael Somoano Berdasco, Sacerdote, Oviedo, 15 de Enero de 1979.

Nota personal y característica también era su amor al Sacerdocio. Según don Julio García Velasco, -Director General que fue de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos- “nació para ser sacerdote y sólo sacerdote. Gastó su vida, día a día, como un cirio, alumbrando y consumiéndose, propagando el incienso puro de su vida, el buen olor de Cristo por todas partes”.¹². “Se distinguió, -opino que fue su carisma- por un gran amor a los sacerdotes y a los seminaristas, por los que trabajó de mil maneras”¹³. “Sus orientaciones en torno al sacerdocio fueron siempre válidas, basadas en las directrices del Magisterio de la Iglesia. Ideas claras y válidas para todos los tiempos. Gozaba comentando los discursos del Papa”¹⁴.

Dedicó toda su vida y energías a la formación de sacerdotes y seminaristas en diversos seminarios y colegios mayores: Plasencia, Salamanca, Toledo, Burgos, Colegio Español de Roma, ejerciendo diversos cargos: Prefecto, Rector, Director Espiritual, etc. No era un superior más; según sus alumnos, Don Juan “tenía algo”. “Era un hombre que sólo vivía de su sacerdocio y para su sacerdocio, vivía con verdadero gozo su vocación”.¹⁵ Don Pedro Altabella dice de él: “Pudo volcar en tantas almas de sacerdotes las riquezas sobrenaturales que atesoraba. Vi en él un alma plenamente sacerdotal. Su porte, su delicadeza en el trato, su seriedad sacerdotal, su afán

¹² Testimonio n. 8, en la homilía del funeral celebrado por el Siervo de Dios, el 20 de Julio de 1975.

¹³ Testimonio n. 1 del Excmo. y Rvdmo. Mons. D. Angel Suquía, Santiago de Compostela, 2 de Mayo de 1976.

¹⁴ Testimonio n. 26, de D. José M^a Sarnago, Sacerdote, Logroño 20 de Diciembre de 1978.

apostólico y su entrega a la misión, cautivaban”.¹⁶

“Su vida estuvo totalmente entregada a la misión sacerdotal: a cualquier hora, en cualquier momento, la puerta de su habitación estaba abierta. Tenía gran capacidad de comprensión a personas y situaciones. Siendo un gran asceta, comprendía la vida de los seminaristas “a ras de tierra”. Sencillo, humilde; siempre se mantenía en último término en relación con los demás superiores, pero enormemente hermano”.¹⁷

Este amor al Sacerdocio de Jesucristo lo llevó a la fundación de un Instituto Secular femenino, con espíritu sacerdotal. Fue en el año 1953 cuando sintió fuertemente ese impulso y en 1954 comenzó a dar los primeros pasos. Vamos a escuchar sus propias palabras: “Fue en Madrid, en la iglesia de Corpus Christi, del monasterio de Religiosas Jerónimas, después de un rato de oración ante el Santísimo Sacramento...”.¹⁸

Y ¿qué razones tuvo el Siervo de Dios para decidirse a fundar un Instituto Secular femenino de carácter sacerdotal?. También nos lo dice él mismo: “Doce años de dirección espiritual de seminaristas y sacerdotes y la promoción apostólica de un grupo femenino con marcada inquietud interior de oración, sacrificio y apostolado, en ayuda y servicio de los sacerdotes”.¹⁹

¹⁵ Testimonio n. 23, de D. Alonso García Molano, Deán de la Iglesia Catedral de Córdoba, 11 de Enero de 1979.

¹⁶ Testimonio n. 29, sin fecha

¹⁷ Testimonio n. 37, de D. Antonio Rey, Sacerdote de Salamanca, 13 de Diciembre de 1978.

¹⁸ *Mi Legado*, Juan Sánchez Hernández, pág. 37.

¹⁹ *Mi Legado*, Juan Sánchez Hernández, pág. 37.

La misión que Dios le confió tuvo para él una exigencia mayor, si cabe, de santidad. Así lo reconoce: “Mi responsabilidad de fundador, exige santidad, cueste lo que costare”.²⁰ Y sólo ansía “querer de verdad la santidad de un sacerdote y fundador, y en consecuencia, poner cada día, con renovado esfuerzo y fervor, los medios eficaces para alcanzarla”.²¹

Quienes lo conocimos nos preguntamos a menudo: ¿Cómo un hombre tan humilde, sin aspiraciones a títulos, cargos y honores, que se sentía pobre, con pocas dotes humanas, se embarca en la fundación de un Instituto Secular femenino, algo tan novedoso en aquellos años, cuando hubiéramos creído más lógico en él una fundación religiosa, incluso de clausura?.

Leyendo su Diario, quizá lo que más podríamos elegir son párrafos que resaltan una fuerte humildad: “Siento de veras el valer tan poco, pero estoy convencido ser cosa de Jesús el que sea un medio Juan, mejor que un Juan y medio”. Las cartas a su hermana Tomasa son una continua insistencia en esa virtud: “Tu y yo, querida Tomasa, tan pobrecitos como somos de talento y tan débiles y defectuosos, podemos facilísimamente llegar a santos y santificar a muchos enamorándonos de Jesús eucaristía, de su persona sagrada, de su vida escondida y de su estado de víctima”.

El Espíritu de Dios guarda estas sorpresas. Hace muchos

²⁰ Diario Espiritual, 19 de Junio de 1970.

²¹ Ibid. Ejercicios 1967.

años ya se escucharon, de labios de Jesús de Nazaret, estas palabras: “Gracias Padre, por haber hecho entender estas cosas admirables a los pobres y pequeños...” Pobre y pequeño se sentía el Siervo de Dios, pobre como los anawuis, pero en las manos de Dios. En Él puso una confianza ciega, total, hasta decir desde el fondo de su alma: “Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, si tu lo quieres y crees que merece la pena, vamos a empezar”²². Don Juan Sánchez se sabía de este grupo; por eso, fiado total y solamente en Dios, se embarcó en la misión de fundar un Instituto Secular femenino al que denominó “Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote”, cuyo fin específico es “tributar un homenaje de alabanza, reparación y acción de gracias a Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, por la Eucaristía y el Sacerdocio”.²³

²² *Mi Legado*, Juan Sánchez Hernández, pág. 38

²³ Estatutos, art. 1º.

Infancia y primeros años del Siervo de Dios

Don Juan Sánchez Hernández nació en Villanueva del Campillo (Avila), el día 9 de noviembre de 1902. Hijo de Juan y Teresa, fue el último de cinco hermanos, dos de los cuales murieron en su infancia. Otra característica es que fue hijo póstumo, por fallecimiento de su padre, poco antes de nacer él. Pasado un tiempo, la madre y los tres hijos restantes, se trasladaron a Pascualcobo, también de Avila, por encontrar allí trabajo la madre y por ello, disfrutar de mejor situación la familia.



Juan, niño con su madre Teresa

Doña Teresa, mujer sencilla, trabajadora y con hondas raíces cristianas, educó a sus hijos y luchó con tesón para sacarlos adelante. Bastantes años después, en carta a su madre y hermana, fechada el 14 de Diciembre de 1961, les comunicaba que iría a pasar unos días en su compañía por la próxima Navidad y se expresaba de este modo: “...pronto, si Dios quiere, volveremos a rezar juntitos un par de noches, el rosario del Niño Jesús, que es uno de los recuerdos más dulces de mi infancia, gracias a su ferviente espíritu de piedad, que tan bien supo infiltrarnos...”

Ya en Pascualcobo, su hijo Juan comenzó a dar signos de su vocación sacerdotal. En esta nueva localidad, el pequeño Juan fue un niño pobre, muy pobre, según recordaba a menudo, pasados ya los años, para mantenerse en la humildad, virtud tan preferida del Siervo de Dios, por ello se decía con frecuencia: “Recordar lo que fui en Pascualcobo”.

En Villanueva del Campillo recibió el sacramento del Bautismo, en la Iglesia Parroquial de la Natividad de Nuestra Señora, el día 10 de noviembre de 1902.²⁴ Recibió su primera Comunión el día de la Inmaculada Concepción del año 1909 y fue confirmado en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen de Salamanca, a los doce años, siendo ya seminarista, el día 16 de marzo de 1915.²⁵



Pila Bautismal donde Don Juan recibió el Sacramento del Bautismo. Villanueva del Campillo (Avila)

Hay unos párrafos en el testimonio n.73, de la Srta. Carmen Galvín, que resumidos, nos ofrecen un cuadro familiar entrañable: “En el hogar había pobreza, los recursos eran pocos, pero no así la entereza de aquella mujer, de fe recia y profunda.

El niño seguía insistiendo: “Madre, yo quiero ser Juan de Dios”. Y la madre seguía pensando cómo podría ayudarle a realizar sus anhelos. Para ella, tener un hijo sacerdote era la más alta recompensa a toda su vida de sacrificio y de dolor. Cuando supo que en Salamanca daban opción

²⁴ Ver partida de Bautismo.

²⁵ Ibid

para cursar los estudios eclesiásticos a los niños que tenían buena voz, si se sentían llamados a ello, le vistió sus mejores ropitas, cogió la borriquilla y a su paso lento iniciaron el viaje. Al acercarse la noche el animal tuvo un accidente, quedando manco de una pata, por lo que tuvieron que pernoctar en un pajar.



Iglesia de Villanueva del Campillo, donde Don Juan Sánchez Hernández recibió los Sacramentos del Bautismo y Eucaristía

Esto no desalentó ni a la madre ni al hijo. Volvieron a emprender el camino con la esperanza en el corazón y la mirada puesta en Dios, Padre amoroso y providente. Llegados a Salamanca y realizada la prueba de voz, no



Muy joven, con su madre y su hermana

pudieron darle esperanzas, pues no la tenía ni mediocre, por lo que tuvieron que regresar al pueblo, en espera de que el Señor aclarase el camino, abriendo cauce a otra ocasión más propicia”.

Hay otro testimonio precioso, en el que ya, desde niño, impresionaba a las personas que lo trataban. Lo cuenta Sor María Amparo de San José, Abadesa del monasterio de Santa Isabel de Salamanca: “De niño fue acólito en el Monasterio y las hermanas que lo conocieron decían que era admirable ver en aquel niño tanta modestia, seriedad, respeto y recogimiento. Eran prolongadas y fervientes las acciones

de gracias después de comulgar”²⁶.

Ese trato con el Monasterio fue causa de que el Siervo de Dios lo eligiera para celebrar su Primera Misa, signo que agradeció mucho la Comunidad, a la que siguió visitando todos los años, aprovechándose ellas de su fina espiritualidad. También celebró allí sus Bodas de Plata y esperaba con ilusión celebrar las de Oro. No pudo ser; murió ocho días antes. Las celebró con Jesucristo Sacerdote, en el cielo.

²⁶ Testimonio n. 60, sin fecha

El Siervo de Dios, seminarista externo

La semilla de la vocación que la buena madre fue cultivando en el corazón de sus hijos dio fruto y Dios, con su Providencia, venció todas las dificultades.

Pasada la primera infancia, la familia Sánchez Hernández se trasladó a Salamanca, por haber encontrado la madre un trabajo más conveniente en esa ciudad. Allí, el niño Juan, se matriculó en el Seminario como alumno externo, al no poder sufragar su madre los gastos que suponía el internado y su hermana en la Normal para estudiar Magisterio. De este modo, los dos hermanos llevaron a feliz término aquel bello sueño de su infancia en Pascualcobo, donde reunían a los niños por las tardes del verano para jugar a sacerdotes y maestras. Finalmente, pudo acceder al internado del Seminario, a comienzos del tercer curso de Teología, año escolar 1923-1924.

Una alumna de doña Tomasa, en la escuela de Narros del Castillo, (Avila), llamada Gonzala Hernando, relata en su hermoso testimonio cantidad de vivencias de esta familia, a la que ella compara con la de San Bernardo, como “la familia que alcanzó a Cristo”. Continúa diciendo que en

ese pueblo no ha habido otra familia semejante a la Sánchez Hernández, fue allí como llovida del cielo, para renovar la fe de sus habitantes, que agradecidos, no la olvidan. Cuenta que cuando en vacaciones volvía al pueblo, daba fervor verle ayudar a misa; también que reunía a las niñas mayorcitas de la escuela de su hermana y en amenas pláticas, les estimulaba a ser cada día más buenas y fervorosas. La gente del pueblo se hacía lenguas sobre aquel seminarista a quien admiraban y respetaban comentando: “será algo grande en la Iglesia y alcanzará la santidad; solamente el verle por la calle y el tratarle les animaba a ser cada día mejores”. Era un ejemplo de delicadeza, humildad y caridad con todos los vecinos, en las diversas visitas que hizo al pueblo de Narros del Castillo, durante los dieciocho años que su hermana ejerció allí de maestra.



*Posando con su familia en la
Comunión de su sobrina*

El cariño a su familia es notable; se constata en la correspondencia que mantuvo con todos y cada uno de sus miembros: su madre, a la que profesó un tierno amor hasta el final de sus días, hablando siempre de ella como de una santa. Sus hermanos, Tomasa, maestra, y Félix, casado y con varios hijos. Para cada miembro de la familia tenía un matiz de cariño. Se preocupaba de todos personalmente, tanto en lo espiritual como en sus necesidades materiales. Anhelaba la familia perfecta, santa, a ejemplo de la de Nazaret; sufría con sus problemas, gozaba con sus alegrías. Vivía el magisterio de

su hermana y la orientaba y prestaba todo su apoyo en la labor educativa que ejercía. Todo su empeño era transmitir a sus familiares los valores humanos y cristianos que para el Siervo de Dios eran fundamentales. Estos deseos los vio colmados al ingresar en el Carmelo sus dos únicas sobrinas, hijas de su hermano Félix²⁷.



Con su madre Teresa y su hermana Tomasa

²⁷ Ver cartas a familiares

Seminarista interno en Salamanca

Al año siguiente de ingresar como interno en el Teologado, sintió la llamada hacia la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, fundada por don Manuel Domingo y Sol. El 15 de septiembre de 1924 comenzó su época de aspirante. Su madre apoyó esta decisión, aún a costa de la separación que suponía. Valoró más la vocación de su hijo que su propia conveniencia y la de su familia. En todo momento alentó a su hijo en su ministerio sacerdotal con admirable espíritu cristiano.

El 19 de julio de 1925 dio comienzo el tiempo de probación en la Hermandad. Su primera consagración trienal fue el 12 de agosto de 1926, renovándola por otro trienio el 12 de agosto de 1929 y su fecha de consagración indefinida fue el 16 de julio de 1932. Finalizó sus estudios eclesiásticos en el Seminario de Tortosa (Tarragona), como alumno de la casa de probación de la Hermandad.



Salamanca

Sagradas Órdenes y Ministerios

El 22 de octubre de 1922, recibió la Tonsura. El 4 de noviembre de 1923, fue ordenado como Ostiario y Lector. El 11 de febrero de 1924 de Exorcista y Acólito. El 20 de diciembre del mismo año, de Subdiácono. El 6 de junio de 1925 recibió el Diaconado. El 26 de julio del mismo año, fue ordenado Presbítero²⁸.



Don Juan, joven sacerdote

La ordenación sacerdotal fue para el Siervo de Dios una gran alegría. Tuvo lugar en un Año Santo. Llegar al sacerdocio supuso para él un creciente motivo en sus deseos de santidad, manifestados ya de niño en aquella frase: “Madre, yo quiero ser Juan de Dios”, que siempre mantuvo como ideal. Sus cartas, su Diario, ya desde los primeros años, lo demuestran. Leemos en sus escritos: “El pensamiento de agradar a Dios y de la propia santificación domina y llena casi en absoluto todas las actividades de mi inteligencia”²⁹. Así se expresa con veintitrés años de edad.

De 1925 a 1927 ejerció su primer ministerio en el Seminario de Toledo, como Prefecto. Allí dejó honda impresión entre alumnos y sacerdotes. Tomaba seriamente su sacerdocio, su cargo, su servicio a la

²⁸ Ver expediente académico.

²⁹ MASSJS carp. 1, doc. 1

fraternidad presbiteral y a los seminaristas. Daba grandes pasos hacia la santidad, tan deseada por él. ¿Quién mejor que sus compañeros sacerdotes y sus alumnos pueden ponernos hoy al corriente de las vivencias del Siervo de Dios?. Los testimonios son abundantes. Por todas las diócesis, por todos los seminarios que pasó, hizo el bien, dejó huella, perfume de santidad, envuelto en una auténtica humildad, en una caridad exquisita, en un servicio pastoral que interrogaba a quienes convivían con él. Así nos lo dicen tres de aquellos seminaristas que le conocieron en Toledo:



Visitando a los vecinos

“Era profundamente piadoso, pareciendo que estaba siempre en oración, en presencia de Dios, incluso en el recreo; todo con suma naturalidad. Especialmente al celebrar la santa Misa o en oración en la capilla. El amor a Dios y a los seminaristas parecía su segunda naturaleza”³⁰.

“Destaca en el recuerdo de los superiores por su sencillez, pureza de alma y sentimiento de la presencia de Dios. Siempre era mirado y estimado como amigo, a la vez que respetado como sacerdote y superior virtuoso, que da confianza a quien está a su lado”.³¹

“En el seminario de Toledo dejó el aroma de su piedad y virtudes como el paso y la acción de un sacerdote santo.

³⁰ Testimonio n. 44, de D. Francisco Bustos, Capellán de las Hermanitas de los Pobres. Talavera de la Reina (Toledo), 25 de Mayo de 1977 .

³¹ Testimonio n. 45, de D. Andrés J. Díaz, Toledo, 22 de Mayo de 1977.

Su modestia era como el ambiente que le envolvía exhalando ejemplaridad por todas partes. Tenía una caridad sobrenatural ”.³²

Estos fueron sus primeros pasos de sacerdote, en Toledo. Permaneció solamente dos cursos. No obstante, por los testimonios nos queda constancia de que desde su juventud, tenía de 23 a 25 años, D. Juan Sánchez Hernández se tomó muy seriamente el camino hacia la perfección, hacia la identificación con Jesucristo, principalmente Jesucristo Sacerdote.



Sagrada Eucaristía
de una sobrina

De esa ansiada identificación está plagado su Diario, sus cartas, sus charlas. Serían innumerables las citas que podríamos transcribir. Valgan unas cuantas, como muestra: “Todo de Dios, sólo de Dios, siempre de Dios”³³. “No pongamos condiciones a Dios”³⁴. Quiere pertenecer totalmente a Dios, por eso le pide: “Dios mío, por tu Verbo Encarnado, haz de mi tu presa, como lo hiciste con María al pronunciar su *fiat*”³⁵. Y su aspiración es: “Tengo el gran deber de identificarme con Jesús, de “ser Jesús”. He de ser terco, a lo san Pablo, en querer ser de Cristo, en identificarme con él, en reaccionar como él ante los problemas y situaciones”³⁶. “Mi sacerdocio me exige el reproducir en mi la vida de Jesús. Debo penetrar mi vivir de la presencia de Jesús y de la exigencia de

³² Testimonio n. 46, de D. Elías Vega Gil, Toledo, 6 de Mayo de 1978.

³³ *Diario*, 17 Marzo 1948.

³⁴ *Diario*, Ejercicios 1966.

³⁵ *Diario*, 18 de Diciembre de 1973.

³⁶ *Diario*, Ejercicios 1968

conformar mi sentir y mi hacer con el suyo... Lectura meditada, más frecuente del Nuevo Testamento, para tratar de obrar y fundir toda mi vida con el “molde de Jesús”.³⁷

De Toledo pasó a Burgos, donde permaneció como Prefecto del Colegio de San José para vocaciones sacerdotales, de 1927 a 1928. Allí enfermó seriamente. Debido a ello, tuvo que pasar temporadas en el Balneario de Panticosa (Huesca). Su salud quedó debilitada desde ese momento, aunque no fue excusa para rechazar o protegerse de las cruces que su vida y ministerio le fueron ofreciendo. “Si suprimo la cruz, suprimo a Cristo”³⁸, era una de sus frases más repetidas. “En esto no puede faltar Jesús a sus amigos y lo hace porque los ama”³⁹. De San Juan de la Cruz había aprendido que “jamás, si quiere llegar a la posesión de Cristo, le busque sin la cruz”.⁴⁰ Se aferraba a San Pablo: “El mensaje de la cruz, necedad para quienes están en vías de perdición; para los que están en vías de salvación, -para nosotros-, es fuerza de Dios”.⁴¹ Así entendía el Siervo de Dios el seguimiento en fidelidad.

Don Juan José Lomo Casero, escribía el 2 de Diciembre de 1977, desde Ledrada (Cáceres), en estos términos: “Admirable su espíritu y su capacidad de trabajo, a pesar de estar siempre delicado”.⁴²

³⁷ *Diario*, 7 de Noviembre de 1968

³⁸ *Diario*, Retiro de Cuaresma 1974.

³⁹ MASSJS, carp. 5, doc. 6, 16 de Julio de 1939.

⁴⁰ *Epistolario*, carta 23.

⁴¹ 1 Cor. 1,18

⁴² Testimonio n. 50, 2 de Diciembre de 1977.

Don Ceferino García Vidal, sacerdote ex Operario Diocesano y Secretario de Catequética de Plasencia (Cáceres), escribía en carta de 29 de noviembre de 1978: “Tenía una salud deficiente, pero no por eso dejaba de madrugar y de seguir la dura vida de comunidad del Seminario. Era ejemplar en su vida de mortificación...”⁴³

Amante lector y entusiasta admirador de San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Pedro de Alcántara... Nació, como ellos, por esas mismas tierras castellanas. “Era un gran asceta abulense que se enraizó en el paisajismo ascético de su tierra. Cuántas veces le hizo recordar en él a Pedro de Alcántara. Más de una vez pudo



*Voluntad firme y
abnegada
de unión y santidad.*

*(Pensamientos,
Don Juan)*

beber claridad en la limpia fontana de su fervor amoroso y exquisitamente cantado”⁴⁴. Saboreaba las frases de sus grandes paisanos: “entreténgase ejercitando las virtudes de mortificación y paciencia, deseando hacerse en el padecer algo semejante a este gran Dios nuestro, humillado y crucificado; pues esta vida, si no es para imitarle, no es buena”.⁴⁵ Y como dice la Santa de Avila: “Os quise llevar como a fuertes y daros acá cruz, como siempre Su Majestad la tuvo. ¿Y qué mejor amistad que querer lo que quiso para sí para vos?”.⁴⁶ “Pues veis aquí a quien más amaba lo que dio. Por donde se entiende cuál es su voluntad. Así que estos son sus dones en este mundo. Da

⁴³ Testimonio n. 20

⁴⁴ Testimonio n. 90, de D^a María Cantañar, profesora en el Instituto de Enseñanza de Arenas de San Pedro (Avila), sin fecha.

⁴⁵ *Epistolario*, carta 24

⁴⁶ *Camino de perfección*, Códice Escorial, 28,1.

conforme al amor que nos tiene: a los que ama más, da de estos dones más...Tengo yo para mi que la medida de poder llevar gran cruz, o pequeña, es la del amor".⁴⁷ Estas frases y otras muchas, le animaban y apoyaban para repetir frecuentemente: "Sin cruz no podemos ni hemos de querer vivir"⁴⁸, ya que "sufrir mucho por Dios es lo más sustancioso que podemos hacer en esta vida"⁴⁹



Roda familiar

Más tiempo permaneció en Plasencia (Cáceres), ejerciendo igualmente el cargo de Prefecto del Seminario, desde 1928 a 1935, pasando luego a Rector en dicho Seminario, de 1935 a 1938.

Allí trabajó con mucha tenacidad y entusiasmo en la obra del Fomento de Vocaciones Eclesiásticas, colaborando al gran impulso dado por don Pedro Ruiz de los Paños, también Sacerdote Operario Diocesano, mártir, que fue Director General de la Hermandad, con quien le unió una gran amistad. Toda la técnica de que entonces pudo disponer, la puso al servicio de las vocaciones: cintas cinematográficas que él mismo filmaba y construía con gran ilusión, sobre la vida de aquel seminario y sobre el ideal sacerdotal, hasta el punto de presentar varias películas en la Semana pro Seminario, celebrada en Toledo, del 4 al 10 de noviembre de 1935.

El testimonio n. 50, enviado por D. Juan José Lomo, al que

⁴⁷ Ibid. Códice Valladolid, 32,7

⁴⁸ MASSJS, carp. 2, doc. 8, 25 de Agosto de 1955.

⁴⁹ MASSJS, carp. 6, doc. 11, 21 de Agosto de 1940.

antes nos hemos referido, relata cómo en años de la República Española, tiempo difícil para la perseverancia de los seminaristas, no les faltaba nunca, especialmente en vacaciones, la hoja “Perseverancia”, que el Siervo de Dios editaba a multicopista. Abrió el Seminario a la posible vocación de los niños con veladas, temas catequéticos, misionales, películas formativas y vocacionales... teniendo una preocupación especial por los seminaristas, y muy en particular por los que estaban en el frente, durante la guerra civil, enviándoles folletos, hojas, libros, etc. para alentar su vocación en tan difíciles años. A la vez, organizaba oraciones en el Seminario, para alcanzar la paz.

De sus alumnos de entonces, varios aportan testimonios y vivencias que aún recuerdan con gran afecto y veneración. Don Pedro Martín Viñas, Secretario General del Obispado de Plasencia (Cáceres), escribe en estos términos: “A pesar de ser yo muy niño, la figura de don Juan, su espíritu, enseñanzas... se me quedaron grabados de por vida. Como sacerdote, vi en él el modelo que el Señor me ofrecía; me llamaba especialmente la atención su actitud externa mientras oraba... suma afabilidad temperada con la firmeza cuando ésta era conveniente” y añade: “Vivía para la gloria de Dios”⁵⁰.

También don Ramón Núñez Martín escribe desde la parroquia de San Martín en Trujillo (Cáceres), en fecha 24 de marzo de 1980: “Entre los superiores del seminario, entre los años 1925 a 1937, fue el Siervo de Dios quien más influyó en mi espíritu y quien contribuyó a robustecer

mi vocación. Era una excepción; tenía un carisma ejemplar en su vida interior, por lo que irradiaba sencillez, paz, alegría, confianza. A los seminaristas nos hacía vibrar con sus ideas sobre la vida eucarística, la meditación y la fidelidad a la vocación sacerdotal. Era un “niño evangélico” sin dejar de ser firme en sus determinaciones. Un hombre lleno de Dios”.⁵¹



*Vivir con Dios.
Evitar la superficialidad y la
actividad inquietante.*

(Pensamientos, Don Juan)

Don Rafael Muñiz Sojo fue fámulo del Siervo de Dios durante un año en el seminario de Plasencia; por ello “pudo conocerlo de cerca. Hombre de mucha vida interior y oración, celebraba la Misa con fervor extraordinario; enseñaba con el ejemplo lo que predicaba con la palabra; regía en él la pureza de intención”⁵².

Los años de la guerra civil española los pasó en Roma, como Director Espiritual del Pontificio Colegio Español de San José, desde 1938 a 1943. Tuvo que vencer su timidez para aceptar ese cargo, ya que en su habitual humildad, no se sentía con los valores que según él eran necesarios para la misión encomendada.

Los testimonios sobre su estancia en Roma son numerosos, tanto de compañeros superiores como de alumnos, a cuya dirección espiritual tenía encomendados. “Impresionó su recia personalidad espiritual. (...) Su

⁵⁰ Testimonio n. 51, Plasencia (Cáceres), sin fecha.

⁵¹ Testimonio n. 54, Trujillo (Cáceres), 24 de Marzo de 1980.

⁵² Testimonio n. 56, Madrid, 1 de Diciembre de 1981.

conversación era siempre de las cosas de arriba; conocían sus alumnos la ruda ascesis a que sometía su cuerpo. Frente a su vida, era inevitable un sentimiento de propia confusión”.⁵³

Mucho gozó el Siervo de Dios al estar en Roma por la suerte de vivir en la Ciudad de Pedro, cerca de su sucesor el Papa. Para él, era una compensación de la preocupación y responsabilidad que sentía por su cargo. De su amor a la Iglesia y al Romano Pontífice hay muchas pruebas en sus escritos y en sus palabras. Teniendo en cuenta la tradicional formación que había recibido, era admirable la prontitud y obediencia con que acogía y abrazaba las directrices del Concilio Vaticano II. “Llamó la atención su esfuerzo por asimilar las directrices del Concilio, sobreponiéndose a una formación como la que había recibido, de corte tradicional; se esforzó por comulgar plenamente con las nuevas orientaciones, aún con aquellas que chocaban más con su manera de pensar”.⁵⁴ “Con qué sumisión acataba las normas de la jerarquía. Qué grande su amor al Papa”⁵⁵.

A la vez que firme en lo fundamental, era flexible en todo lo que consideraba que se podía ceder: “Daba confianza, a la vez que respeto, para tratar con él cualquier tema. Agradecía que le manifestásemos criterios que no eran coincidentes con los suyos. No era hombre de ideas fijas, aceptaba otras interpretaciones y se mostraba dialogante,

⁵³ Testimonio n. 25, de D. Rafael Somoano, alumno del Colegio Español de Roma, 15 de Enero de 1979.

⁵⁴ Testimonio n. 34, de D. Lamberto de Echevarría, Salamanca, 23 de Diciembre de 1976.

⁵⁵ Testimonio n. 81, de Srta. María Cantelar, Santiago de Compostela, Navidad de 1978.

sin apearse del Magisterio de la Iglesia. Cambiaba en lo accidental, manteniéndose firme en lo fundamental”.⁵⁶

También le hicieron sufrir los vaivenes que se produjeron en personas y grupos, más concretamente de los sacerdotes secularizados o de los que criticaban e interpretaban a su antojo las pautas y normas que del Concilio surgieron. Así lo testifican estas palabras: “Sus orientaciones en torno al sacerdocio fueron siempre sólidas, basadas en las directrices del Magisterio de la Iglesia. Ideas claras y válidas para todos los tiempos. Gozaba comentando los discursos del Papa. Fruto de su vivencia tan espiritual fue su personalidad equilibrada, su alegría espiritual que contagiaba con admirable sencillez”.⁵⁷

El Viceconsiliario Nacional de las Hermandades del Trabajo escribió de este modo: “Incansable promotor del Sacerdocio. Fue en la Iglesia una corriente de espiritualidad vivida y contagiante; un apóstol vitalizador del que se recibía luz clarificadora, orientaciones precisas y aliento apostólico sacerdotal. Padre providente, maestro profundo y guía espiritual, a quien difícilmente se puede sustituir”.⁵⁸

Otro alumno añade: “Su piedad, fervor y observantísima ejemplaridad en todo, el celo y unción con que nos predicaba, era algo tan patente y manifiesto, que

⁵⁶ Testimonio n. 83, de la Srta. M^a Cruz López Sánchez, Madrid, 15 de Agosto de 1986.

⁵⁷ Testimonio n. 26, de D. José María Sarnago, alumno del mismo Colegio, 20 diciembre 1978

⁵⁸ Testimonio n. 27, de D. Juan José Ruiz Fernández, alumno del mismo Colegio, Madrid, sin fecha.

denunciaba en él un hombre de Dios. Llamaba la atención el pleno vencimiento y dominio de sí mismo; su tesón y plena determinación de hacerse santo”.⁵⁹



El curso 1943-1944, obediente como siempre a las disposiciones de sus superiores, volvió al Seminario de Plasencia (Cáceres), en calidad de Rector. Esta segunda vez, solamente permaneció un curso.

*La oración como savia,
la observancia como fuerza,
el AMOR como meta*

(Pensamientos, Don Juan)

Ocurrió un hecho que dejó patente a todas luces, el grado de humildad del Siervo de Dios. Tuvo conocimiento por unos compañeros, de que no era considerado apto por la jerarquía de la diócesis de Plasencia, para desempeñar el cargo de Rector. Por esa razón fue removido a Salamanca. Su reacción fue de aceptación y silencio absoluto; incluso de agradecimiento a su superior, en las cartas que le escribió, anterior y posterior, sucesivamente, a su nuevo destino⁶⁰.

Sobre este hecho existe un testimonio valiente y conmovedor. Dice así: “Yo le debía favores, atenciones y delicadezas, aunque a pesar de todo ello, siendo Rector el Siervo de Dios, me vi forzado a plantear ante el Prelado, la triste situación de un Seminario menor desorganizado por

⁵⁹ Testimonio n. 28, de D. Mariano A. Taberna Martín, Madrid, sin fecha.

⁶⁰ Ver Cartas ns. 1195 y 1196, a su Superior General.

su incompetencia pedagógica. Por ello fue destinado como Padre Espiritual al de Salamanca. A pesar de haber sido yo la causa de removerle, el Siervo de Dios jamás, en los años posteriores, hizo alusión a esos hechos”.⁶¹ Sigue diciendo en la carta que “tenían posiciones muy diversas; asimismo que lo admira, aunque se reconoce incapaz de seguir sus pasos, discrepando en juicios, actitudes y valoraciones”.⁶²



Ilustración de Jesús María Villalba (Sacerdote Operario Diocesano)
Colección “Los Sacramentos”. Febrero de 2001

Podemos afirmar en honor a la verdad, que una de sus virtudes más sólidas fue la humildad. En ella destacó y brilló de manera sorprendente. Se proponía constantemente “crecer en ella, sin la cual, no hay verdadera imitación de Jesucristo; no hay santidad”⁶³

Hemos dicho que de Plasencia fue trasladado al Seminario Mayor de Salamanca, como Director Espiritual. Allí permaneció de 1944 a 1952. En agosto de 1945, estando en Salamanca, fue elegido miembro del Consejo de Gobierno de la Hermandad de Sacerdotes Operarios. A los seis años, en la Asamblea General de 1951, recibió el cargo de Secretario General de dicha Hermandad,

⁶¹ Testimonio n. 58, de D. Francisco Fernández Serrano, Canónigo de la S.I. Metropolitana, Zaragoza, 3 de Febrero de 1979.

⁶² Ibid.

⁶³ *Diario*, Retiro Marzo 1969.

atendiendo los dos cargos en Salamanca durante un año, y pasando a ejercer el de Secretario General desde Madrid, de 1952 a 1957.

Como en todas las localidades donde vivió y ejerció sus diversos cargos y ministerios sacerdotales, también de Salamanca nos llegan los ecos de su paso, en testimonios tanto de sacerdotes, como de alumnos y de religiosas, a cuyas comunidades atendía espiritualmente, dejando hermosas huellas de sus extraordinarias dotes de Director Espiritual.



Don Juan dando un paseo por el campo.

Así, sor Lucía María Hidalgo de Caviedes, Religiosa Oblata de Cristo Sacerdote, escribe: “Íntegro, prudente, celoso de la gloria de Dios, entregado sin reserva a las almas, seguro siempre en la Providencia de Dios, encendido y ardiente de amor sacerdotal hasta el límite de una fidelidad exhaustiva. Enérgico y firme para ayudar a las almas a corresponder al Señor, pero acompañado de una bondad y comprensión extremas, que dejaban transparentar la bondad del Corazón Divino. Vivía anclado en Dios y comunicaba quietud de alma. Fue un regalo como confesor de la Comunidad en los primeros tiempos de la fundación de Salamanca”.⁶⁴

Don Juan se ganó a pulso el buen nombre que iba dejando por cualquier lugar que pasaba. Con la gracia de Dios y entregado totalmente a Él, cuantos lo conocían o trataban lo tenían en un alto concepto como hombre y como sacerdote. Máxime, al percatarse de aquella sencillez,

humildad y a la vez elegancia espiritual que le acompañaba. “Se hacía notar”, comentan muchos de los testimonios de sus alumnos y compañeros. Esta expresión se repite, desplegada en un abanico



de matices. Cada testimonio lo expresa según el estilo y la sensibilidad de quien lo envió. Prueba de ello es el siguiente:

Aquí no hay opción: o la santidad verdadera o la bancarrota

(Pensamientos, Don Juan)

“Recuerdo lo que me dijo el Vicario de la Diócesis cuando le pregunté por un Padre de absoluta confianza para ponerse bajo su dirección: lo calificó de vida intachable, profunda vida interior y una humildad extraordinaria. Después pude comprobar esa realidad. No conocía el respeto humano y no quería que las almas se parasen en él, sino ser un canal hacia Dios, porque había que vivir por encima de las cosas. Su vida ha sido una glorificación del Padre”.⁶⁵

La Comunidad de Religiosas Josefinas de la Santísima Trinidad fue una de las que más atendió espiritualmente el Siervo de Dios mientras vivió en Salamanca. Allí era querido y valorado el perfil espiritual que trazó para aquellas Hermanas. Hay preciosos testimonios, de los que entresacamos los siguientes, los cuales manifiestan la dedicación y el cariño que puso en la dirección espiritual de toda la Comunidad.

⁶⁴ Testimonio n. 59, 17 de Mayo de 1976.

⁶⁵ Testimonio n. 61, de Sor M. Inmaculada del C. de Jesús, religiosa del Corpus Christi, 28 de Julio de 1976.

“Fue mi Director Espiritual durante diez años. En eso era excepcional; no se imponía, pero insinuaba con tanta fuerza y presentaba horizontes tan extensos, que convencía. En las charlas quincenales que daba a la Comunidad, sin tener dotes de gran orador, las preparaba tan bien y tan adaptadas a los tiempos litúrgicos, con su estilo sencillo y desusado, que se salía de la monotonía y lo corriente, dando doctrina nueva y provechosa. Al terminar, las hermanas se sentían llamadas a ir a la capilla en oración profunda”.⁶⁶

“Como confesor de la Comunidad, su prudencia, celo y tino espiritual logró mantener un equilibrio sano, un ambiente de fervor religioso y amor a la vocación en las religiosas. Era paciente sin pasividad, comprensivo, interesado por los problemas. Su porte edificaba. De espíritu penitente y contemplativo. Su doctrina era sana y segura”.⁶⁷

“Era la imagen perfecta del sacerdote; su porte exterior ejemplar, siempre digno y sus palabras cargadas de unción y delicada finura, que revelaban la bondad de Cristo. Vivía y respiraba a Dios constantemente. Mi Comunidad recibió un impulso de vida espiritual bajo su dirección, jamás igualado hasta entonces. Exigente e intransigente en cuanto a falta de generosidad en el servicio de Dios, pero muy humano y comprensivo con las debilidades humanas. Siempre te retirabas de él con el

⁶⁶ Testimonio n. 63, de Sor Julia M^a González, religiosa Josefina de la Stma. Trinidad, Plasencia, 8 de Junio de 1977.

⁶⁷ Testimonio n. 64, de Sor M^a Socorro Villamor, religiosa Josefina de la Stma. Trinidad, sin fecha

alma serena, en paz, iluminada y llena de esperanza”.⁶⁸

“Más que un confesor fue un verdadero padre, sus palabras te hacían salir de la confesión distinta que al iniciarla. Parecía que el Señor hablaba por su boca. Algo especial de Dios tenían sus palabras, que persuadían y transformaban. Era hombre santo, de Dios, entregado a los demás, de mucha vida interior, humilde y con un don especial para infundir su vida en las almas”.⁶⁹

La santidad, la santidad... Era en él como una obsesión. Ser santo, formar sacerdotes santos, comunidades santas. Su Diario Espiritual está totalmente salpicado de esta idea, de este anhelo que se traslucía aún sin apenas conocerlo.

Don Nicolás López Martínez, Presidente de la Facultad Teológica del Norte de España, testifica así respecto a sus años de permanencia en Salamanca: “Hombre de santidad desbordante. Daba la impresión de estar por encima de todo como quien hace lo más natural. Estaba como envuelto en una atmósfera sobrenatural. Jamás lo vi turbado, indeciso o descompuesto; ni siquiera en las malas circunstancias que vivió. Cuantos han tratado con él saben de su clarividencia como director espiritual, de su espiritualidad equilibrada, de su medida, de su enorme paciencia”.⁷⁰

“La estimación de todos los alumnos es que tenían un

⁶⁸ Testimonio n. 65, de Sor M^a Alicia Pérez Barba, religiosa Josefina de la Stma. Trinidad, sin fecha.

⁶⁹ Testimonio n. 66, de Sor M^a Guadalupe Ruiz, religiosa Josefina de la Stma. Trinidad, sin fecha.

⁷⁰ Testimonio n. 30, Burgos, 15 de Marzo de 1976.

Padre Espiritual santo. Gran número de alumnos se confesaba con él, a pesar de que venían varios confesores de fuera. Gastaba muchas horas en su habitación, en la dirección espiritual de la mayoría de los alumnos, con gran esmero. Para él, la vida espiritual no tenía secretos. Era un trabajador incansable, a pesar de su escasa salud. Recomendaba títulos de libros según el carácter de cada alumno. Todo su empeño consiguió que salieran muchos sacerdotes de varias promociones, íntimamente convencidos de no perder nunca el hábito de la oración.”⁷¹

A pesar de toda la convicción que demuestran sus compañeros sacerdotes y sus alumnos seminaristas, en los testimonios precedentes, el Siervo de Dios se consideraba indigno de los cargos que le encomendaban. Prueba de ello fue la sorpresa y razonamientos que dio a sus superiores, especialmente al ser nombrado Director Espiritual para el Colegio Español de Roma. Solamente tenía como armas para ese importante cometido la oración, el estudio y la total confianza en el apoyo de Dios. Esa confianza era admirable, total, ilimitada. Así lo aconsejaba y enseñaba a cuantas personas se acercaban a él. “Debido a su gran humildad, siempre se consideró deficiente e incapaz para el cargo de Director Espiritual”.⁷²

“Desde el primer momento nos pareció el sacerdote ascético, hombre de oración plenamente entregado a su misión. Promovió muy eficazmente la dirección espiritual, siendo muy exigente en oración y mortificación. Influyó

⁷¹ Testimonio n. 32, de D. Dámaso García, Montalvos (Salamanca), 6 de Julio de 1976.

⁷² Ibid.

mucho en la perseverancia de los seminaristas, viviendo todos sus problemas e incomprendiones, provocadas a veces por el resto de superiores”.⁷³ En parecidos términos se expresa don Pedro Heras Mateos, cuando escribe: “Pienso que mi vida sacerdotal y la de otros compañeros, hubiera sido muy distinta sin el ejemplo y acción de don Juan; necesitaban sus palabras exigentes y profundamente espirituales para seguir adelante en su ideal sacerdotal”.⁷⁴

En todos los lugares de su ministerio se sintió a gusto, feliz. En Plasencia permaneció ocho años, igual que en Salamanca. Tiempos suficientes para llevar a cabo una labor, que por los testimonios recibidos, fue intensa y fecunda.

A pesar de realizar una excelente misión en Salamanca, al ser nombrado Secretario General de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, se creyó conveniente, para ejercer con más facilidad dicho cargo, que D. Juan Sánchez Hernández fijara su residencia en Madrid, para integrarse plenamente en el Consejo de Gobierno de su Instituto. Se trasladó en el año 1952, donde vivió hasta el final de sus días.

⁷³ Testimonio n. 40, de D. Andrés Fuentes, Salamanca, 28 de Diciembre de 1978.

⁷⁴ Testimonio n. 42, Huete (Cuenca), 15 de Junio de 1979.

Fundador del Instituto Secular femenino “Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote”

En este capítulo vamos a escuchar al propio don Juan, porque ¿quién mejor que él mismo puede transmitirnos el cómo y el porqué se sintió llamado a ser fundador?

Tomamos el libro *Mi legado*, que escribió en su último año de vida, para entregarlo a todos y cada uno de los



Don Juan, a la mesa de las Siervas Seglares de J. Sacerdote.

miembros del Instituto, con motivo de sus Bodas de Oro Sacerdotales. Mucha ilusión puso en su confección y el Señor le dio tiempo a terminarlo. Lo entregó

personalmente, -debía presentirlo- días antes de su muerte. Es un regalo de mucho agradecer, pues en él puso don Juan toda y sola la doctrina que para su Instituto soñó. “Se trata, pues, amadas hijas, Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote, del humilde *Legado* escrito, que quiere dedicaros, precisamente en el cincuentenario de su ordenación sacerdotal, con la firme esperanza de que será bien recibido y aprovechado, hoy y en el futuro, vuestro Padre”.⁷⁵



Don Juan, (entrega de Mi Legado).

Parte esta publicación, en su capítulo primero, fundamentada “en algo muy grande y singular que tenemos: ni más ni menos que el ser nosotros partícipes del único y mismo Sacerdocio de Jesucristo”.⁷⁶ Esta afirmación tiene su base en el párrafo 2 del Decreto “El Presbiterado en la Iglesia” del Concilio Vaticano II: “El Señor Jesús, a quien el Padre santificó y envió al mundo (Jn.10,36), hace partícipe a todo su Cuerpo Místico de la unción del Espíritu con que fue Él ungido, pues en Él, todos los fieles son hechos sacerdocio santo y regio; ofrecen sacrificios espirituales a Dios por Jesucristo y pregonan las maravillas de Aquel que de las tinieblas nos ha llamado a su luz admirable. No se da, por tanto, miembro alguno que no tenga parte en la misión de Cristo, sino que cada uno debe santificar a Jesús en su corazón y dar testimonio de Jesús con espíritu de profecía”.

⁷⁵ *Mi Legado*, Juan Sánchez Hernández, Madrid 1975, p. 5

⁷⁶ *Ibid.* pág. 10.

Tomó como modelo y patrona del Instituto a María, Reina de los Apóstoles. María sí entendió y vivió su sacerdocio real y participó también en el sacerdocio de su Hijo. Del mismo modo, las mujeres que, en tiempo de Jesús, le acompañaban, le servían y compartían su vida, sus bienes, todo lo propio, con el Maestro de Nazaret, al igual que los apóstoles, formando una comunidad magnífica, como leemos en los Evangelios: María, Susana, Juana, Salomé, las hermanas de Betania, la Samaritana y tantas otras que tuvieron la suerte de encontrarse con Jesús, al que ya nunca abandonaron. (Hch.1,13-14). La fidelidad de las mujeres es un hermoso testimonio en el Evangelio.

El Siervo de Dios conocía la personalidad de la mujer. Sabía que aún en alguna apariencia débil, existe un alma femenina, capaz de una total fidelidad y amor al Hombre y Dios Jesús. Tenía experiencia de un grupo de jóvenes, a quienes dirigía espiritualmente, que vibraban ante lo sacerdotal, ante Jesucristo Sacerdote, presente en sus ministros. Eran mujeres que además de su sacerdocio real, tan estimado por ellas, se asociaban al ministerial en sintonía, en cariño, en servicio, dispuestas a ejercer su propio carisma, dentro de la Iglesia, al lado de los sacerdotes; no como simples ayudantes ni como colaboradoras, sino en su propia e insustituible misión; tan apóstoles como los hombres, tan unidas y pegadas al Maestro como Juan, Pedro, Santiago, Felipe... Era otra generación de "mujeres del Evangelio", de la comunidad de Jesús, codo a codo con los apóstoles, y a quienes el Señor, en su exquisita finura y dignificación de la mujer, tan aireada y valorada en nuestros tiempos, fue el primero que rompió los moldes, aceptándolas en su compañía,

contando con ellas en la tarea evangelizadora y confiando el primer mensaje pascual, precisamente a las mujeres, cuyo testimonio no tenía ningún valor en aquellos primeros siglos del cristianismo. (Mt. 28,1-7; 28,8-11; Lc. 24,10; Hch. 1,14).

Pero Jesús es así de novedoso y valiente, de justo y revolucionario, de sorprendente y magnífico. Y estas cualidades las comparten también los hombres de hoy que, como D. Juan Sánchez Hernández, valoran y estiman a la persona, -hombre y mujer, mujer y hombre-, indistintamente.



Celebrando la Santa Misa en presencia de un grupo de Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote.

¿Cuándo y cómo tuvo el Siervo de Dios la idea de fundar un Instituto Secular femenino con carisma sacerdotal?.

También nos llegamos a sus escritos, para conocer la respuesta de su propia mano: “Dios providente quiso servirse, juntamente con su gracia, sin la cual nada hubiese podido hacerse, de los treinta y cuatro años de vida de seminario y veintiocho de sacerdocio, que a la sazón tenía vuestro fundador, para decidirse el día 24 de setiembre de 1953, fiesta de la Santísima Virgen de la Merced, a dar los primeros pasos encaminados a la fundación de un Instituto Secular de marcado espíritu sacerdotal. Fue en Madrid, en la iglesia de Corpus Christi, del Monasterio de Religiosas Jerónimas, después de un rato de oración ante el Santísimo Sacramento,

solemnemente expuesto”.⁷⁷.



Don Juan siempre atento a los más necesitados

“Doce años de dirección espiritual de seminaristas y sacerdotes y la promoción apostólica de un grupo femenino, con marcada inquietud interior de oración, sacrificio y apostolado en ayuda y servicio de los sacerdotes, junto con el beneplácito y estímulo de superiores y consejeros, fueron los antecedentes remotos y próximos que precedieron y acompañaron esta determinación: “Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, si Tu lo quieres y crees que merece la pena, vamos a comenzar”.⁷⁸

El 8 de diciembre de 1954 fue el día más señalado en la etapa del nacimiento del Instituto. Se nombró el primer Consejo provisional y ante la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid, se hizo la consagración del naciente

⁷⁷ *Mi Legado*, Juan Sánchez Hernández, Madrid 1975, p. 37

⁷⁸ *Ibid.* págs. 37-38

Instituto a María. La incipiente asociación femenina fue aprobada como Pía Unión el 2 de febrero de 1957 y el 8 de diciembre de 1965 fue aprobado como Instituto Secular de Derecho Diocesano. Con fecha 8 de diciembre de 1985, llegó la aprobación de Derecho Pontificio, desde Roma.



Audiencia con el Santo Padre Pablo VI

“Los grandes ideales mueven el mundo”. Así comienza don Juan el capítulo séptimo de *Mi Legado*, cuando se dedica a exponer el ideal del nuevo Instituto.

Tomando como modelo las actitudes de Jesucristo Sacerdote, que “no vino a ser servido, sino a servir”, “el mayor entre vosotros será el menor y el que manda como el que sirve”, “Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve” (Lc.22, 26-27), así como el lavatorio de los pies en la Última Cena (Jn.13,3-14), lección magnífica del Siervo-Señor a los primeros sacerdotes. Don Juan encuentra el filón para dar nombre al Instituto: “Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote”, como Jesús-Siervo, para como Él,

darse a todos, en servicio. Nombre eminentemente evangélico. El mismo Concilio Vaticano II actualizó la idea de que el apostolado ejercido tanto por los obispos y los presbíteros, como por los laicos, no ha de ser un apostolado triunfalista y de imperio, sino de humilde servicio.

Copiamos literalmente: “Jesucristo Sacerdote, dándonos con infinito amor la Eucaristía y el Sacerdocio ministerial, es el centro de vuestra vida espiritual. Es además la fuente de donde mana el agua viva que salta hasta la vida eterna y la cepa de la cual, vosotras, como sarmientos vivos, recibís la savia para completar los dos últimos elementos, esencialmente constitutivos, de vuestro ideal de espíritu sacerdotal: la propia santificación, para cooperar más eficazmente a la santificación de los sacerdotes y la vida apostólica con esta orientación: ayuda al sacerdote en su persona, residencias, clínicas, seminarios, equipos, hogar personal, actividades pastorales en las parroquias y misiones, asistencia social, guarderías, librerías religiosas, etc., donde pueda llegar la cooperación de los laicos, según el beneplácito de la Iglesia jerárquica”.⁷⁹

Resumiendo podemos decir, como Jesús: “Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en verdad”. Esta es la gran síntesis del ideal sacerdotal del Instituto, “resumido en tres palabras: Sacerdocio, perfección, unión por amor. Unión en caridad, unión deseando llegar a conseguir la caridad perfecta, esto es: la meta más alta del más sublime ideal. Porque Dios es amor, el que permanece en caridad permanece en Dios y Dios en él;

(1ª Jn.4,16) constituyendo así una gran familia, informada e impulsada por un gran ideal de espíritu sacerdotal”.⁸⁰

Una vez plasmados los rasgos fundamentales del nuevo Instituto, facilitados por el propio fundador, es interesante conocer los primeros pasos del mismo, con sus gozos, dificultades, logros, detalles de vida y todo aquello que, tanto humana como espiritualmente, iba perfilando el devenir de la nueva institución, con la dificultad de que en aquellos años, era muy escasa la experiencia que había de instituciones laicas; faceta que don Juan tuvo muy clara desde el principio. Ante las dudas que surgieron en principio de si sería aceptado el proyecto en Roma como Instituto Secular, el Emmo. Sr. Cardenal Prefecto de la Congregación de Religiosos e Institutos Seculares dio su respuesta: “Estén tranquilos; serán Instituto Secular”.

Vamos a dar paso a unos cuantos testimonios de las primeras jóvenes que, secundando el plan del Siervo de Dios, fueron recibidas en la nueva institución. Ellas nos cuentan con lujo de detalles los albores del Instituto.

María Angeles de Córdoba fue uno de los puntales sobre el que se asentó la nueva institución. Su amplio testimonio, más bien puede llamarse “Crónica del Instituto”, por su extensión, vitalidad y detalles que nos ofrece. Tomaremos de él algunos fragmentos, que nos servirán para situarnos allá por los años cincuenta del siglo XX.

Su testimonio se basa en un Libro de Fechas que, según

⁷⁹ *Mi Legado*, Juan Sánchez Hernández, Madrid, 1975, págs. 43-44.

⁸⁰ *Ibid.* págs. 44-45.

ella, providencialmente le encargó escribir el Siervo de Dios. Los primeros folios exponen los pasos que dieron, tanto el Siervo de Dios como las señoritas que secundaron su propuesta para la iniciación del Instituto. En ellos se entrevén las dificultades, los gozos y preocupaciones que toda obra nueva lleva consigo: pobreza de medios, incomprendimientos, vocaciones ficticias, dificultades de todo tipo, en los que no es necesario entretenernos. Como resumen, reproducimos el siguiente párrafo: “Fueron días, meses y primeros años, muy duros para el Padre y sobre todo para las cuatro o cinco primeras... (...), falta de medios económicos, falta de personas con más o menos cualidades... interrogantes sobre nuestro intento o sobre nuestro posible fracaso.

Todos estos detalles descritos, ambientales y temperamentales, etc., que nos hacían sufrir, nos ponían los ánimos a punto de explotar y nada de todo esto se le escapaba al Padre, que día tras día, como buen conocedor de la psicología humana, su visita por las tardes no se hacía esperar; como un verdadero padre nos escuchaba una a una y procuraba llevarnos a cada una la calma perdida.

La lucha más fuerte fue del orden de las dudas, si verdaderamente el Padre era un hombre de Dios o era simplemente un iluso...”⁸¹

Las pruebas, para el Siervo de Dios, venían de diversos puntos. Desde sus compañeros de Hermandad hasta sus

⁸¹ Testimonio de la Srta. María Angeles de Córdoba y del Amo, Madrid, Navidad 1977.

propias hijas, las primeras, en quienes puso toda su confianza y dedicación, se preguntaban si él sería capaz, si podían confiar en aquel hombre sencillo, aparentemente inapropiado para una fundación tan novedosa en la Iglesia, con tan escasos medios...etc.

Es preciosa la reacción de aquellas primeras jóvenes, según continúa el relato de María Angeles de Córdoba. Mejor transcribirlo que interpretarlo o explicarlo: “Fue una lucha titánica, pues el Padre nunca supo pensar mal de nadie y le costó trabajo convencerse de la realidad; pero al fin, la bondad y su oración por otro lado y la buena voluntad por parte de los que también sufríamos, fueron calmándose y serenándose las aguas”.⁸²

Este extenso testimonio escrito, termina con un capítulo al que denomina “Virtudes”. Señala muchas, entre ellas “su fe profunda, que rayaba casi hasta la imprudencia humana. Su esperanza se unía fuertemente con la confianza. Confiaba en su Dios y la oración era la llave para resolver todas sus dificultades, por difíciles que fueran. Lo esperaba todo de Dios. Su caridad la ejerció con todas y en todo momento, sobre todo con los enfermos y con los que padecían soledad. En cuanto a virtudes humanas las que más me llamaron la atención fue que nunca le oí hablar mal de nadie y si alguna vez tenía que dar un juicio negativo lo hacía sin apasionamiento, suavemente y encontrándole algo bueno, por otro lado, a

⁸² Ibid.

su favor”.⁸³ Añade la generosidad, el desprendimiento, la alegría y varias más.



*Ejercicios Espirituales en Santiago de Compostela
con Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote.*

Otra de las primeras mujeres que formó parte del Instituto es María Rebollo. Extraemos también algunos renglones de su aportación testimonial: “Conocí al Siervo de Dios estando postrada en cama en el Hospital General. Acudió a visitarme sin previo conocimiento, contestando en persona con su visita, a una carta pidiendo información sobre el Instituto recién fundado por él. Sus palabras fueron un aldabonazo en el alma, que se vio inserta en el Instituto desde ese momento, a pesar de su grave enfermedad. La atención de D. Juan hacia ella puede calificarla de “padre y madre”, pendiente siempre de la enfermedad que sufría. El Siervo de Dios vivía las virtudes en sumo grado. Con su oración, conseguía cosas inexplicables, saliendo de trances muy apurados. Constante en la oración y abandonado totalmente a la voluntad de Dios. En la dirección espiritual me llevó hasta el camino de desear padecer y ser despreciada como

⁸³ Ibid.

Jesucristo crucificado”.⁸⁴ Termina su extensa exposición diciendo: “Vivió cincuenta años de méritos sacerdotales en un vivir muriendo martirizado e inmolado por Cristo y con Él, como el grano de trigo”.⁸⁵

¡Qué bien conocieron, en particular las enfermas, el alma de D. Juan!. Tenía para ellas una exquisita finura, una dedicación preferente: las visitaba asiduamente en sus domicilios, en los hospitales; se preocupaba de que fueran atendidas en todas sus necesidades humanas y espirituales; les animaba a llevar la cruz de la enfermedad al estilo que Jesús llevó la suya, les dio un lugar de honor en su Instituto. Ellas estaban bien seguras y agradecidas de esa predilección. Aún siendo el proyectado Instituto para jóvenes sanas y activas, con una plena dedicación al apostolado y la evangelización, tenía en gran estima y agradecía al Señor que llamaran a su puerta personas enfermas, con limitaciones, discapacitadas, etc., pues consideraba una gracia que, a la par que un grupo de mujeres fuertes y sanas, también el Instituto se cimentase sobre la enfermedad, el dolor, la minusvalía. Esa actitud, tan fundamental para el Siervo de Dios, fue contestada y enjuiciada por algunas personas, en aquellos momentos incipientes y fundacionales. No obstante, los testimonios expuestos a continuación, prueban estas afirmaciones.

“Le recuerdo llevándome la Sagrada Comunión a mi casa, en donde me encontraba con una enfermedad degenerativa, impedida y en silla de ruedas. Se preocupaba de todas las necesidades de los miembros del

⁸⁴ Testimonio n.80, sin fecha.

⁸⁵ Ibid.

Instituto, personalmente de cada una, tanto de las necesidades espirituales como materiales. Comunicaba una gran paz, de cuyo recuerdo aún vivo cuando me siento desanimada”.⁸⁶

“Temía no ser admitida en el Instituto por mi enfermedad, -escribe la Srta. Laura Devesa-, pues todo el mundo me decía que no servía para nada. Fue el Siervo de Dios quien reconoció el valor de mi vida y mi enfermedad, diciéndome que mediante ella podía llegar a la más alta perfección, porque Dios está cerca de los que sufren por Él. Estas palabras me llegaron al alma y desde que las oí disfruto una alegría desbordante, porque sé que Alguien está conmigo. Las palabras del Siervo de Dios me abrieron el corazón a otra perspectiva”.⁸⁷



*Monasterio de Jerónimas. Madrid.
Lugar de inspiración de D. Juan para
la fundación del Instituto Secular
Siervas Seglares de J. Sacerdote.*

A la par que daba los primeros pasos en la fundación, D. Juan seguía ejerciendo su cargo de Secretario General de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, residiendo en Madrid desde el año 1952. De 1957 a 1959, al cesar en la Secretaría, ejerció su ministerio desde la Residencia de Conde de Miranda y de 1959 a 1960 en la parroquia de San Cristóbal, de Madrid.

De 1960 a 1966, sus superiores lo liberaron de todo cargo en la Hermandad, para poder dedicarse plenamente como

⁸⁶ Testimonio n. 86, de D^a. María Teresa Ansón, Zaragoza, 13 de Mayo de 1976.

⁸⁷ Testimonio n. 87, sin fecha.

Capellán-Consiliario del Instituto. Fueron unos años de intensa actividad, al sentirse dedicado, casi en exclusiva, a su querida fundación. Ya llevaba varios años en marcha, gracias a Dios, bendecida por constantes y nuevas



Con las Siervas Seglares de J. Sacerdote. Excursión a Villanueva del Campillo (Ávila).

vocaciones de jóvenes que llenaron la Casa de Formación. Fueron años preciosos, para él de gran felicidad, al comprobar que la mano de Dios lo bendecía con continuos ingresos, curso tras curso, de jóvenes que llamaban a la puerta, solicitando información y admisión. El nuevo Instituto florecía y tuvo una amplia acogida en diversas diócesis de España:

Madrid, Toledo, Zaragoza, Tarazona, Segorbe-Castellón, Santiago de Compostela, La Coruña, Santander, Calahorra-Logroño, Astorga, León, Pamplona, Salamanca, Sevilla, Almería... Pronto se dio el salto a América, llegando hasta Chile, país donde el Instituto tiene hermosas raíces y florecientes vocaciones. Igualmente tiene presencia en Roma.

Las Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote, formadas en los criterios de su fundador, viviendo su consagración laical en el mundo y desde el mundo, intentan vivir su

carisma sacerdotal en todos los sectores de la sociedad: desde su trabajo profesional, tan diverso como cada una de ellas: enseñanza, secretariados, sanidad, administración pública, acción social, librerías religiosas, talleres de ornamentos sagrados, etc. etc. Muchas de ellas, hermanas de sacerdotes y a su vez vocacionadas con el carisma sacerdotal, dieron pleno cauce a sus deseos dentro del Instituto. Son, a la vez que hermanas, colaboradoras en la evangelización y en la pastoral con sus propios hermanos. También algunos miembros, viviendo agrupados en fraternidad, responden a las necesidades, ofertas y peticiones de diócesis, atendiendo residencias episcopales y sacerdotales, seminarios, ministerios laicales en parroquias... De esta última actividad dan buena cuenta los miembros de Chile, desplegando una intensa labor pastoral en aquellas iglesias jóvenes, animando y acompañando comunidades, formando agentes de pastoral, atendiendo sectores alejados de los núcleos urbanos y más poblados, apoyándolos todo lo posible en sus diversas necesidades.

Mucho interés puso D. Juan en dejar bien asentadas las bases del Instituto. Personalmente iba formando a las jóvenes, agrupadas por un tiempo en la Casa de Formación, inculcándoles los puntos fundamentales que él tan claros tenía. Mucho preparaba sus charlas; medía las palabras, ajustaba los conceptos. Se le notaba un interés sumo en transmitir su doctrina, tal como él la comprendía, a aquellas jóvenes, la mayoría entre los veinte y veintiseis años de edad, entusiasmadas con el amplio y hermoso horizonte del carisma sacerdotal, que se abría y extendía a sus ojos, transmitido por un hombre que vivía

ardientemente su sacerdocio. Había gran sintonía. También, como es normal entre humanos, alguna extrañeza e incluso pequeñas discrepancias, que se aclaraban en un diálogo entre padre e hijas. Ellas mismas nos lo cuentan:

“Cuando era Aspirante al Instituto en la formación que impartía inculcaba el espíritu del Instituto; compartía la oración con nosotras y su aspecto era sereno, elegante, fervoroso; edificaba verlo rezar y contagiaba su porte impresionante, su aspecto de asceta. Para todas tenía una frase apropiada en cada estado de ánimo. Muy cercano y muy padre en los momentos difíciles que atravesábamos, vislumbrando nuestras incipientes vocaciones”.⁸⁸

“Reflejaba una transparencia tan natural de vivir en presencia de Dios, que convencía. En los diez años que lo conocí percibí en su vida interior un abandono ciego a la voluntad del Padre. Hablando del Espíritu Santo se percibía una sintonía familiar”.⁸⁹

“Se interesaba por todo lo nuestro: familia, ambientes donde se estaba inserta, apostolados...”⁹⁰

Nuestro Instituto, -decía-, tiene su espiritualidad, constituída por cuatro rasgos fundamentales:

- 1º. Celo por todo lo sacerdotal
- 2º. Piedad eminentemente eucarística

⁸⁸ Testimonio n. 72, de D^a Isabel López Pérez, Zaragoza, 5 de Septiembre de 1977.

⁸⁹ Testimonio n. 71, de D^a Rosario Pamplona Calahorra, Urrea de Gaén (Zaragoza), 28 de Agosto de 1976.

⁹⁰ Testimonio n. 74, de D^a Antonina Iriarte Lerindegui, Pamplona, sin fecha.

- 3º. Auténtico y ferviente espíritu de reparación
- 4º. Intencionalidad y actividad apostólica, o espíritu de apostolado.

“La profundización teológica en el Sacerdocio de Cristo, fuente del sacerdocio de los laicos y del sacerdocio ministerial de los sacerdotes, ha de ser objeto del estudio, y sobre todo, de vuestra asidua meditación. Centrar vuestra vida de piedad en el trato íntimo con Jesucristo Sacerdote y en la oración por los sacerdotes, es el rasgo más esencial y el secreto de una vivencia auténtica de la espiritualidad específica del Instituto”⁹¹.



Don Juan, en reunión de trabajo con las Siervas Seglares de J. Sacerdote.

También tuvo muy clara la característica de secularidad que habían de vivir todos los miembros del Instituto, coincidente plenamente, con las expectativas de las primeras jóvenes que llamaron a la puerta: “Puedo y debo decir que la razón inmediatamente ocasional y el deseo más profundo de las primeras aspirantes que urgieron el nacimiento del Instituto, fue “orar y santificarse” por la creciente santificación de los sacerdotes, sin renunciar a su condición de seglares”.⁹²

⁹¹ *Mi Legado*, Juan Sánchez Hernández, Madrid 1975, pág. 56.

⁹² *Ibid.* pág. 56.

“Trascendental y delicada tarea apostólica ésta que la Iglesia os ha confiado a los miembros de nuestro Instituto: “Servir y compartir vuestra actividad e inquietudes apostólicas con los Cristos vivos de hoy”.⁹³

Su gran empeño era transmitir, contagiar su amor al Sacerdocio. Esto siempre; tanto en los seminarios, como en las casas sacerdotales que residió y en la Casa de Formación del Instituto. Ya hemos traído la frase de varios compañeros sacerdotes que lo definen “vivió para ser sacerdote”. Hay muchos testimonios que afirman y subrayan este aspecto; así leemos: “Vivía con la preocupación de que todos los sacerdotes llegasen a la plenitud de su sacerdocio ministerial. De aquí su idea de fundar un Instituto femenino con carisma sacerdotal”.⁹⁴ “Siempre me admiraba la fuerza espiritual que de él se desprendía: de tal forma, que la fuerza de su consejo calaba en lo profundo del alma. Escuchaba y atendía sin herir en ningún momento”.⁹⁵ Qué equilibrio y qué personalidad requería en muchas ocasiones, al tratar con personas que aún estaban bastante distantes de su sintonía! Por eso, este mismo testimonio continúa: “Siempre lo encontré con la misma serenidad y paz. Era aliento y fuerza en toda la vida espiritual. Destacaba su humildad y unión con Dios”.⁹⁶

¿Cómo podía mantener ese equilibrio, esa caridad tan fina y ese talante admirable?. “Se advertía que veía a Dios en

⁹³ Ibid. pág. 57.

⁹⁴ Testimonio n. 78, de D^a Amparo Rubio Moral, Zaragoza, sin fecha.

⁹⁵ Testimonio n. 82, de D^a Matilde de la Cueva Vázquez, Zaragoza, 1980.

⁹⁶ Ibid.

todas sus criaturas. Nos recordaba repetidamente la confianza hacia Jesucristo Sacerdote. Hablaba con gran unción y convicción. Se notaba que estaba a la escucha de las inspiraciones divinas, cosa que transmitía a los demás. La prudencia, humildad, sencillez y castidad brillaban en él de forma que impresionaban. Amaba la pobreza afectiva y efectivamente. Algunas virtudes se le descubrían en grado heroico los que lo tratábamos de cerca y con frecuencia”.⁹⁷ Vivía como actuando bajo la presencia de Dios, con gran espíritu sacerdotal y con gozo por buscar identificarse con Jesús. Directamente nos encaminaba al Padre, con el deseo de que viera en nosotros a su Hijo.⁹⁸

También es importante saber cómo hablan de él personas que en un principio estuvieron bajo su dirección, tanto en seminarios como en el Instituto, aunque luego salieron de ellos. Aquí traemos algunos testimonios:

“Conocí al Siervo de Dios en el Colegio Mayor de San Carlos Borromeo de Salamanca, teniéndolo varios cursos como Director Espiritual. A treinta años de distancia, puedo afirmar que es la persona con más aureola de santidad que he conocido. Dios se valió de él para dejar en mi alma una huella indeleble y los principios que me marcó los tengo hoy ante mi vista más acuciantes que nunca. Una frase que me dedicó antes de salir del seminario rige mi vida. Seguía el camino de Teresa de Lisieux: amor, cruz, confianza, sacerdocio, oración”.⁹⁹

⁹⁷ Testimonio n.84, de D^a Saturnina Carazo Romero, Soria, 12 de Julio de 1977.

⁹⁸ Testimonio n. 85, de D^a Remedios Caro, Vélez-Rubio (Murcia), Mayo de 1977.

⁹⁹ Testimonio n. 67, de D. Enrique Sánchez Ramos, ex seminarista, casado y padre de ocho hijos. Salamanca, 25 de Junio de 1976.

“Vivía una santidad atrayente y sencilla; sumamente bondadoso y pacífico. Por muy turbado que se llegase a él, siempre se salía pacificado. Tenía una espiritualidad exquisita. De lo humano hacía realidades sobrenaturales. Su deseo era no desear más que lo que el Señor quisiera. Qué estima tan alta tenía del sacerdocio. Anonadado por dignidad tan grande, correspondió con generosidad y amor, convencido de que el sacerdote ha de ser el hombre de Dios”.¹⁰⁰

“Siempre que hablé con él pude observar su extrema sencillez sin fingimiento alguno. Traslucía la fidelidad que llevaba dentro. También admiré mucho la prontitud con que aceptaba los fallos humanos y sus observaciones, con un toque especial, para no llegar a herir a los temperamentos sensibles como el mío. Sus palabras eran fiel reflejo de su fidelidad personal a lo que Dios y la Iglesia exigían de él”.¹⁰¹

¿Pueden decir cosas más bellas y positivas personas que, habiendo vivido un tiempo su aspiración al sacerdocio y a la consagración laical, descubrieron no obstante, que no era ese su camino?. Es manifiesto que guardan un grato recuerdo de las enseñanzas recibidas en su juventud, las cuales les han seguido orientando a lo largo de sus vidas.

El cuarto rasgo del carisma del Instituto hace referencia al apostolado: “Intencionalidad y actividad apostólica, o espíritu de apostolado”. Lo explicita así: “Ante todo, el

¹⁰⁰ Testimonio n. 88, de D^a Pilar López Collado, ex miembro del Instituto. Sin fecha.

¹⁰¹ Testimonio n. 89, de D^a M^a Teresa Fernández Vázquez, ex miembro del Instituto. Lugo, 23 de Mayo de 1977.

apostolado de testimonio habitual, en medio del propio ambiente, característico de todos los Institutos Seculares, para ser “luz sobre el candelero” y “fermento en la masa”. Después, y a la vez, por el apostolado peculiar de vuestro Instituto, *orar por el sacerdote, prestar digna asistencia a su persona y colaborar con él en sus múltiples apostolados*”.¹⁰²

Los últimos años de vida del Siervo de Dios, desde 1966 a 1975, siguió viviendo en Madrid, teniendo una dedicación preferencial al Instituto, como Capellán Consiliario del mismo. A esta acción se redujo por voluntad propia, desde que el Instituto se afianzó con las debidas aprobaciones. No tuvo apego a “su obra”, la dejó en manos de Dios, con la confianza de que Él dirigiría las mentes y el corazón del Consejo de Gobierno. La gloria para Dios y el beneficio para la Iglesia. Él no aspiraba a coronas ni aplausos. Signo de confianza en Dios, pero también en unas mujeres jóvenes y poco experimentadas en la novedad de los Institutos Seculares, tan recientes en la Iglesia.

Nos acercamos al año 1975. La salud, siempre quebradiza, del Siervo de Dios, era muy débil. El mismo lo presentía y lo comentaba con sus amigos, transparentando una paz y una aceptación total a los planes de Dios.

“No acobardarme ni entristecerme por la pérdida de energías físicas y mentales. Humildad, esfuerzo, confianza. Armonizar la prudencia con el silencio. “Mi vida es Cristo y morir ganancia”¹⁰³. “Estamos en el Año Santo.

¹⁰² *Mi Legado*, Juan Sánchez Hernández, Madrid 1975, pág. 61.

¹⁰³ *Diario*, 12 de Julio de 1974.

Estoy en los cincuenta de sacerdocio. Parece llegada la hora... ¡santidad! ¡ahora o nunca!”¹⁰⁴. “Señor, dame un conocimiento amoroso de Ti, para que viva totalmente orientado hacia Ti y prendado de tu amor”¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Ibid, Agosto de 1974.

¹⁰⁵ Ibid, 29 de Abril de 1975.

Última enfermedad y muerte del Siervo de Dios

El año 1975 el Instituto celebró Asamblea General. Como lugar se eligió Aguarón, pequeño pueblo de la provincia de Zaragoza. Para prepararse, del 1 al 5 de julio, las asambleístas tuvieron un retiro espiritual, dirigido por Mons. Damián Iguacén, Obispo entonces de Teruel. La noche de ese día 5, llegó D. Juan a la casa donde se celebraba la Asamblea, que iba a tener comienzo la mañana siguiente.



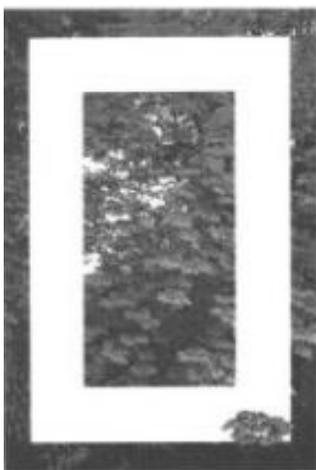
Fue recibido con gozo, pero todas las asambleístas quedaron impresionadas por el aspecto físico que tenía: era, según expresión general, un cadáver andando. Tanto es así, que en la mañana del día 6 de julio, al comenzar los laudes en la capilla, se oyó un ruido, producido por el desplome de la persona de D. Juan, que inconsciente yacía en el suelo.

El susto y el revuelo fueron grandes. Inmediatamente lo examinó el médico de la localidad, quien comprobó el estado de extrema debilidad que padecía: un corazón dañado y prematuramente envejecido; mucho más de lo que correspondía a su edad.

Siguió en Aguarón, asistido permanentemente por el médico y los miembros del Instituto, quienes le prodigaron todos los cuidados posibles y necesarios. La Asamblea seguía su ritmo. Don Juan pasaba los días descansando y rezando intensamente por el fruto de lo que allí se debatía. Daba pequeños paseos, y siempre estuvo dispuesto a escuchar, aún estando en sus últimos días de vida, todas las comunicaciones, consultas e informes que sus hijas le daban o le solicitaban.

“Tuve el gozo de estar presente en esa Asamblea, ejerciendo el servicio de Secretaria. Con frecuencia daba cuenta al Siervo de Dios de cuanto iba ocurriendo, de los comentarios, propuestas y acuerdos que las asambleístas tomábamos. En los momentos que veíamos conveniente saber su opinión, me acercaba a su aposento. Estos pasos los tengo grabados en mi mente, a pesar de haber transcurrido veintisiete años. Al llamar a la puerta y darme permiso para pasar, siempre lo encontré de pie, en actitud de escucha. Yo le ponía al corriente de la consulta. “Padre, -le decía-, la Asamblea quiere saber su parecer”. Sabíamos, por decisión suya, que únicamente le preguntaríamos su opinión; él no decidiría ni influiría en nada, pero para nosotras eran importantes sus palabras,

aún sin saber que estaba llamando a su vida el ángel que le acompañaría a la casa de Dios. Tras comunicarle el contenido de la visita, se ponía en actitud de oración, de pie, alto como era, con los ojos bajos, actitud que yo



*Deseo llegar a desear ardientemente,
“que se disuelva mi cuerpo para unirme
con Cristo”.*

(Pensamientos, Don Juan)

calificaba como de presencia de Dios. Guardaba unos segundos de silencio y de ese modo, como al dictado, me daba su parecer. Yo, como Secretaria tomaba nota literal y subía a comunicarlo a toda la Asamblea.

Siempre fueron sus opiniones en una línea de profundidad a la vez que de apertura, disipando nuestras dudas con unos criterios firmes y abiertos a los signos de los tiempos. Sus respuestas literales, pueden leerse en las actas de las sesiones de aquella Asamblea”¹⁰⁶.

Su salud estaba muy dañada. La tarde del 18 de julio le repitió el ataque al corazón. Todas las asambleístas corrimos a su habitación y comprendimos que le quedaban pocos momentos de vida. Él, al verse acompañado por un buen número de miembros de su amado Instituto, consciente como estaba nos dijo: “Sed muy exigentes con vosotras mismas”. Esta fue la última frase de su testamento espiritual.

¹⁰⁶ Datos aportados por María Concepción Martínez Mainar, Secretaria de dicha Asamblea.

El médico que le atendía aconsejó trasladarlo a Madrid.
Murió ese mismo día, a ocho fechas de sus Bodas de Oro.
El Señor quiso que las celebrara en el cielo.

Fama de santidad y de virtudes heroicas

Después de haber estudiado todos sus escritos y los aportados por quienes le conocieron, no es difícil reconocer los pasos de santidad que dio el Siervo de Dios, don Juan Sánchez Hernández.

Muchas son las citas traídas a esta breve biografía. Durante toda su vida y muy especialmente desde que se sintió llamado al sacerdocio, toda su aspiración se centraba en “ser santo”. Cantidad de veces lo hemos leído tanto en su Diario Espiritual, como en las cartas, publicaciones, charlas, clases, homilías, dirección espiritual... que ejerció en sus cincuenta años de sacerdocio. El ansia de Dios, característica de los santos, le consumía.



*Tengo la grave responsabilidad de ser santo...
Viviendo, actuando... Deseándolo con ardor.
Removiendo impedimentos. Pidiéndolo con
tenacidad y confianza.*

(Pensamientos, Don Juan)

En el año 1930, en los ejercicios espirituales que practicó

bajo la dirección de D. Pedro Ruiz de los Paños, se ofreció como víctima al Corazón de Jesús, cuando tenía veintiocho años. Lo recuerda en su Diario: “En este mismo seminario de Valladolid, en los ejercicios dirigidos por el Operario mártir D. Pedro Ruiz de los Paños, hace treinta años, me consagré como víctima al Corazón de Jesús, queriéndome abrazar con el tercer grado de humildad. Como fruto de aquella consagración, algo ha conseguido Jesús de mí”.¹⁰⁷

Esto lo tomó en serio. Es muy frecuente renovar y comentar él mismo su ofrecimiento.

A los treinta y tres años ofreció su vida a Dios, el 2 de marzo de 1936, en los comienzos de la persecución religiosa que se desencadenó en España. Este es el testimonio de lo que contó a D. Pedro Ruiz de los Paños, quien luego fue el primer Operario mártir: “Yo le he ofrecido la vida, aunque me da miedo que me la tome; pero el ofrecimiento está hecho por su gloria y reinado en la querida España. Si muero y usted vive, sáqueme pronto del purgatorio, que lo estoy mereciendo muy largo”.¹⁰⁸

Poco a poco va perdiendo ese miedo, tan natural en un joven, y va asumiendo la posibilidad de morir. A ello le daba crédito la débil y quebradiza salud que siempre tuvo. El 1 de marzo de 1942, escribe en Roma un folio, exponiendo encargos y deseos tras su muerte: “La enfermedad grave y la muerte las acepto como un beneficio de Dios; anticipo a su Divina Majestad mi acción

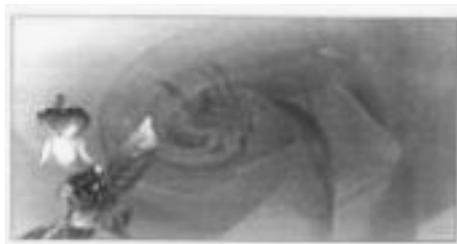
¹⁰⁷ *Diario*, Ejercicios 1960.

¹⁰⁸ RAH, carp. 205, 28 de Marzo de 1936.

de gracias y pido su divino auxilio para sufrirlas con alegre resignación cristiana y edificante espíritu de inmolación sacerdotal”.¹⁰⁹

Una virtud vivida hasta el fondo fue la pobreza: “De nada tengo que hacer testamento, pues nada tengo como propio”.¹¹⁰ Fue pobre desde niño y quería morir pobre. ¿No vale este testimonio personal mucho más que hermosos libros y disertaciones sobre la pobreza?.

Como pobre, estaba totalmente abierto a Dios; a la riqueza de Dios que colma y plenifica los deseos de los santos. Hemos leído en



páginas anteriores rasgos y testimonios de su abandono en el Señor. Quienes tienen a Dios, o son “tenidos” por Él, no necesitan nada más. Viven la vida de Dios, la misma felicidad. De ahí su afabilidad, su porte, su sonrisa, su aguante ante tantas situaciones y personas. Los santos parecen inmutables. No es que no tengan pasiones, sino que están “fijos” en Dios, anclados en Él y les da parte de su propio ser. Así lo transparentan. “Que mi vida sea un continuo caminar hacia Ti, mi Dios, mi Señor, mi amor, mi felicidad y descanso eterno”.¹¹¹

Su Diario sufre una transformación con el transcurso de los años. Así como al principio en casi todas las páginas se lee repetidamente: “quiero ser santo, debo ser santo”, llega

¹⁰⁹ MASSJS, doc. 2.

¹¹⁰ Ibid, doc. 5.

¹¹¹ *Diario*, Ejercicios 1971.

un momento en que su protagonismo lo cede a Dios. Ya no repite ni pide, ni piensa en su propia santidad. Ha llegado a centrarse en Dios, el único Santo. Desde ese momento él pasa a segundo plano en su propio Diario. Se espiritualiza, se centra en Dios, en el Espíritu, en la Trinidad, en su gran amor: Jesucristo Sacerdote. Es asombroso el cambio que Dios hizo en él.

Hay algunas frases en él que encierran algo no revelado; sin decirlo, dan a entender gracias extraordinarias de Dios a su alma. El día de la aprobación del Instituto de Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote, ¿qué le regaló Jesús?. No nos lo dijo, pero debió ser algo muy grande para escribir: “Aprobación del Instituto. Mañana de intensa actividad espiritual. Confianza y humilde paciencia. Extraordinaria compensación”.¹¹²

Un año antes de morir, también entre líneas, se intuye una visita extraordinaria de Jesús a su alma: “Pues me has visitado, permanece en mí”.¹¹³

Podemos aplicar aquí las palabras de su gran amigo y paisano San Juan de la Cruz: “Con estos “toques”, con estos rápidos “desvelos” aumentósele el amor y, por consiguiente, le creció el dolor de la ausencia, porque cuanto más el alma conoce a Dios, tanto más le crece el apetito y pena por verle... Cualquier alma que ama de veras no puede querer satisfacerse ni contentarse hasta poseer de veras a Dios, porque todas las demás cosas no solamente no le satisfacen, mas antes, como hemos dicho,

¹¹² Ibid, 6 de Diciembre de 1965.

¹¹³ Ibid, 20 de Julio de 1974.

le hacen crecer el hambre y apetito de verle a él como es, y así, cada vista que del amado recibe de conocimiento o sentimiento, u otra cualquier comunicación, los cuales son como mensajeros que dan al alma recaudos de noticias de quien él es, aumentándole y despertándole más el apetito”.¹¹⁴

Su Diario, en los últimos años, es un ansia de cielo, de unión, de posesión mutua. Día a día se va perfilando el nuevo Juan, el hombre nuevo, dispuesto a la vida nueva. También se le escapa ese anhelo en sus cartas: “Noviembre nos habla de madurez, intimidad, profundidad y de una vida que se va para desembocar en la *vida*. ¡Cuándo la poseeremos!”¹¹⁵. “La hora de la “liberación” definitiva de esta vida que no es la *vida* no está muy lejana. ¡Alerta!”¹¹⁶.

Sabemos que su frágil salud era bien conocida por él; esto le predisponía a mirar y esperar la muerte con sosiego. Siempre pensó que moriría pronto. El Señor nos regaló su presencia durante setenta y dos años. Al cumplir sesenta y siete escribió: “Los sesenta y siete míos ya van inclinando la balanza hacia el abrazo eterno con Dios, Padre misericordioso”.¹¹⁷

Aceptar la muerte, aún con gozo, es la mayor ofrenda del hombre. En él se descubre como una prisa, al estilo de Santa Teresa: “Vivo sin vivir en mí/ y tan alta vida espero/ que muero porque no muero”. Está dispuesto a despegar y

¹¹⁴ *Cántico Espiritual*, 6, 2 y 4.

¹¹⁵ MASSJS, carp. 25, doc. 64, 6 de Noviembre de 1965.

¹¹⁶ *Ibid*, doc. 72, 25 de Octubre de 1966.

¹¹⁷ *Ibid*, doc. 126, 22 de Noviembre de 1969.

aún desea acentuar en mayor grado las virtudes que siempre marcaron su vida: “Acentuar la pobreza, sobriedad y disponibilidad para la humillación, la enfermedad y el sacrificio. Me queda poco tiempo para llenar la medida según el designio de Cristo. Tengo que darme prisa y aplicarme a fondo, aunque tenga que morir con él”.¹¹⁸

Desde el año 1973 su pensamiento dominante es el encuentro definitivo con Dios: “Jesús, muéstrame al Padre y esto me basta”.¹¹⁹ “El Señor está cerca; oración ferviente, vencimiento



valiente y amor ardiente, para estar dispuesto al encuentro cercano”.¹²⁰ Se propone “Sufrir incapacidades, contrariedades y achaques con paz, por amor a Él y buscando en Él la fuerza en mi flaqueza. Mi vida es Cristo y morir ganancia. Quiero irme liberando de todo lo “corruptible” para no oponer obstáculo a que lo incorruptible se adueñe totalmente de mí”.¹²¹

Su oración se vuelve intimidad, esperanza total: “Oh Jesús, tu en mi y yo en ti para siempre”.¹²² “Señor, ayúdame a crecer en la unión contigo por la fe, la oración y el amor”.¹²³ “Oh Jesús, Verbo encarnado, quiero tener mi vida inmóvil en vos y ser iluminado con vuestra luz”.¹²⁴

¹¹⁸ *Diario*, Ejercicios 1972.

¹¹⁹ *Ibid*, 22 de Enero de 1973.

¹²⁰ *Ibid*, 1 de Diciembre de 1973.

¹²¹ *Ibid*, Retiro Diciembre de 1973.

¹²² *Ibid*, 22 y 24 de Enero de 1974, 30 de Octubre de 1974, 7 de Febrero de 1975.

¹²³ *Ibid*, 9 de Junio de 1974.

¹²⁴ *Ibid*, 13 de Agosto de 1974.

Su trato con el Señor era constante. Fueron grandes amigos. Cuántas veces hablaba de “la amistad sabrosa del Amigo”. “Entre Jesucristo y yo existe no sólo una relación de conocimiento, sino de amor, y aún más, de comunión y de vida”.¹²⁵ ¡Qué seguridad hay que tener para afirmar esto! ¡Qué suerte la suya de poder decir y escribir tales palabras!.

Los buenos amigos se alegran al encontrarse, al pasar ratos juntos. Por ello preparó “su encuentro” con ilusión. Escribe en una carta, un año antes de morir: “El 26 de julio entro en el quincuagésimo año de mi sacerdocio. Presiento que dentro de este año, en el que también voy a cumplir los setenta y dos, el Señor me haga el máximo don de llevarme con Él. Ayúdeme a purificarme para que sea mi “año santo” de verdad”.¹²⁶ . Esto fue escrito el 19 de julio de 1974; el 18 de julio de 1975 el Señor cumplió su deseo: lo llevó con Él.

Muchas personas han testificado sobre el grado de sus virtudes. No obstante, leyendo su Diario confirmamos cuanto ellas dicen. En sus últimos meses de vida, cuando ya era casi sólo fachada, escribe hasta con cierto humor: “Mi fachada se conserva bien, pero dentro ya hay ruinas que se van sosteniendo con parchecillos. Ayúdeme a rematar bien la empresa con o sin “bodas de oro”, pues el celebrarlas en el cielo, ¿verdad que sería mejor?. Lo que Jesús quiera”.¹²⁷ A cuatro meses de su muerte, débil en alto grado, aún escribe exigiéndose: “Preparación

¹²⁵ Ibid, 3 de Mayo de 1974.

¹²⁶ MASSJS, carp. 5, doc. 95, 19 de Julio de 1974.

¹²⁷ MASSJS, doc. 94, carta sin fecha.

esmerada y de rodillas para celebrar la santa Misa. Concretar un resultado práctico y comprobable como expresión de mi amor. Leer el Evangelio. Combatir la somnolencia en la oración de la mañana. Fidelidad a la oración vespertina y al examen con este cuaderno delante. Fe, confianza, amor”.¹²⁸

Se trasluce en estos apuntes que sus fuerzas físicas eran mínimas, pero el Siervo de Dios, no rebajaba sus propias exigencias. Quería estar “en forma espiritual” hasta el último suspiro. El cuerpo lo tenía en extrema debilidad, pero su mente y su corazón vivían intensamente esos últimos días y horas, como queriendo recopilar toda su vida, todo su amor, para ofrendarlo a Dios en el último momento. Estaba viviendo el ya, pero todavía no, de su unión con el Señor.

Este cuaderno, -su Diario Espiritual-, que le servía de examen cada noche, quiere que desaparezca. Le ruega a su superior que lo quemé¹²⁹. Pero en este cuaderno nos hemos asomado a su alma, nos ha desvelado su talla, sus virtudes, su avance en la deseada santidad.

Su hermosa confianza lo llevó a los brazos del Padre, porque siempre creyó en el amor. Cuántas veces repetiría una de sus jaculatorias favoritas: “*Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío, porque creo en vuestro amor para conmigo*”.

¹²⁸ *Diario*, Retiro Marzo de 1975.

¹²⁹ MASSJS, carp. 1, doc. 2.

Últimos testimonios acerca del Siervo de Dios

“Fue un sacerdote ejemplar delante de Dios y de los hombres. Exigente consigo, comprensivo con los demás. Humilde hasta la timidez excesiva. Parecía estar siempre en comunicación ininterrumpida con Dios. Muy austero y penitente. Se distinguió, -opina que fue su carisma-, por un gran amor a los sacerdotes y a los seminaristas, por los que trabajó de mil maneras”.¹³⁰



“Fue su confesor y director espiritual en el Colegio Español de Roma, desde 1939 a 1942. Necesitaba confesarme con él y así se lo dije más de una vez. Me confortaba oírle hablar de Dios y mi alma se saciaba con la suya, abismada profundamente en el amor del Señor. Amaba el sacerdocio como el mejor tesoro y dedicaba sus mejores horas a la dirección espiritual de sacerdotes y seminaristas. Se le veía gozar cuando constataba el progreso espiritual de otros. Era un alma eminentemente contemplativa”.¹³¹

¹³⁰ Testimonio n. 1, del Excmo. Mons. D. Angel Suquía, Santiago de Compostela, 2 de Mayo de 1976.

¹³¹ Testimonio n. 3, del Excmo. Mons. D. Pablo Barrachina, Obispo de Orihuela-Alicante, 28 de Abril de 1976.

“Lo elegí como Director Espiritual en el Colegio Español de Roma. Siendo luego Obispo auxiliar de Madrid, volví de nuevo a él como confesor. Sobrio en su doctrina ascética, ascética dura, sin contemplaciones, aún teniendo en lo hondo un profundo sentido humano. De la raza de un San Pedro de Alcántara. Su doctrina enraizada en San Juan de la Cruz, Santa Teresa y San Juan de Avila, San Ignacio de Loyola”.¹³²

Don Lope Rubio, Director General que fue de la Hermandad de Sacerdotes Operarios, aplica al Siervo de Dios el texto de Sab.4,7-10, unido a unos pensamientos entresacados de su Diario Espiritual. Comenta que estaba muy clara, desde siempre, su llamada a la santidad, su esfuerzo decidido por alcanzarla. “Pero esos anhelos no lo alejaban de la vida práctica, del compromiso concreto, de la atención a los demás. Escribía: “esfuerzo de entrega, fidelidad como postura, oración como único medio eficaz, amor como consumación”.¹³³

Otro Director General de la Hermandad, D. Estanislao Calvo, escribe: “Desde que lo conocí, perdura en mi un convencimiento de que era un sacerdote totalmente entregado a Cristo para el ministerio. Caminando permanentemente hacia la santidad, en disposición de obediencia sacerdotal, con las mismas constantes”.¹³⁴

¹³² Testimonio n. 6, del Excmo. Mons. D. Maximino Romero de Lema, II Secretario de la Sacra Congregazione per il Clero, Roma, 22 de Febrero de 1981.

¹³³ Testimonio n. 9, en la homilía del funeral celebrado por el Siervo de Dios, en el segundo aniversario de su fallecimiento, Madrid, 18 de Julio de 1977.

¹³⁴ Testimonio n. 10, Toledo, 26 de Octubre de 1975.

Cuando D. Estanislao fue Director General de la Hermandad, deseaba tener Operarios como el Siervo de Dios. Decía que podía dar testimonio de su pobreza, pureza y obediencia, con respeto enorme a la jerarquía, así como de su celo y amor fraterno, de su prudencia, justicia, fortaleza y templanza. “Los defectos o deficiencias naturales de personalidad, los convirtió en medios de santificación. Era santo, ciertamente; agradezco al Señor haberlo encontrado en la vida”.¹³⁵

“Fue mi confesor y director espiritual, al que califico de “modelo”. Era hermano y amigo fiel, sincero, ejemplar en todo y de pocas palabras. Edificante. Alma de riqueza privilegiada. Preparaba con esmero las conferencias a los seminaristas. Era dulce y sobrenaturalmente esclavo del orden, cosas que despertaban displicencia en su derredor y que yo considero manifestaciones de la práctica de la virtud heroica. Contemplativo cien por cien, era sumamente activo. Limpio y pulcro, signo de almas y espíritus distinguidos. Apoyado en la humildad, todo le fue dado; humildad extraordinaria. Tuve oportunidad de presenciar una escena en la que fue sometida a prueba heroica esa virtud y salió victorioso, con un silencio que a todos conmovió”.¹³⁶

“Serenos, equilibrados, dispuestos a toda renuncia a favor de los demás, con dominio completo del espíritu sobre todo su ser, siempre dueño de sí mismo, viviendo habitualmente la presencia de Dios. Su nota característica era la espiritualidad. Sin ser brillante, dejó huellas

¹³⁵ Ibid.

¹³⁶ Testimonio n. 13, de D. Jaime Rovira, Barcelona, 15 de Enero de 1976.

profundas y duraderas por donde pasó. Constante, paciente. Propuesto por sus superiores a sus hermanos Operarios para una cierta y segura dirección espiritual. No perdía la calma y la paz en las situaciones difíciles. Siempre dispuesto a hacer favores, aún a costa de grandes molestias y sacrificios”.¹³⁷

“Sus orientaciones en torno al Sacerdocio fueron siempre sólidas, basadas en las directrices del Magisterio de la Iglesia. Ideas claras y válidas para todos los tiempos. Gozaba comentando los discursos del Papa”.¹³⁸

“Hombre de Dios que se distinguía por el ejercicio de las virtudes teologales. Poseía un gran sentido de Iglesia, con doctrina firme, segura y una adhesión decidida al magisterio pontificio. Delicado y exquisito en todo lo relativo a la virtud de la pureza; afable, cortés, humilde. Se desenvolvía siempre en clima de sana alegría”.¹³⁹

“En el Seminario de Toledo dejó el aroma de su piedad y virtudes como el paso y la acción de un sacerdote santo. Su modestia era como el ambiente que le envolvía exhalando ejemplaridad por todas partes. Tenía una caridad sobrenatural”.¹⁴⁰

“Era de carácter firme a pesar de su sencillez y un verdadero formador de sacerdotes”.¹⁴¹ Cuenta un hecho

¹³⁷ Testimonio n. 16, de D. Eugenio Fuertes, sin fecha.

¹³⁸ Testimonio n. 26, de D. José M^a Sarnago, Logroño, 20 de Diciembre de 1978.

¹³⁹ Testimonio n. 43, de D. Antonio Sainz-Pardo, Huete (Cuenca), 15 de Junio de 1979.

¹⁴⁰ Testimonio n. 46, de D. Elías Vega Gil, Toledo, 6 de Mayo de 1978.

¹⁴¹ Testimonio n. 49, de D. Ramón Cordero Morales, Orellana la Vieja (Cáceres), 8 de Octubre de 1977.

en el que siendo el Siervo de Dios superior, le pidió disculpas a él, seminarista, con una humildad extraordinaria.

“Verle a él era como entrever a Dios en un hombre. Muy apreciado por toda la Comunidad. Sobresalía en buen número de virtudes en alto grado. Con una alegría y paz serena que brota del fondo del alma, que Dios la da. Esa paz la comunicaba suavemente”.¹⁴²

“Íntegro, prudente, celoso de la gloria de Dios, entregado sin reserva a las almas, seguro siempre en la Providencia de Dios, encendido y ardiente de amor sacerdotal hasta el límite de una fidelidad exhaustiva. Enérgico y firme para ayudar a las almas a corresponder al Señor, pero acompañado de una bondad y comprensión extremas, que dejaban transparentar la bondad del Corazón de Dios. Vivía anclado en Dios y comunicaba quietud de alma. Fue un regalo como confesor de la Comunidad en los primeros tiempos de la fundación de Salamanca”.¹⁴³

“En su trato se respiraba gran paz interior y un celo por los sacerdotes que le quemaba el alma. Desprendía sobrenaturalidad y sencillez. Cuando ejercía su ministerio se le veía transformado. Muy austero, dando ejemplo de desprendimiento y espíritu de sacrificio, vivía la pobreza efectiva”.¹⁴⁴

¹⁴² Testimonio n. 52, de Sor M^a del Carmen Alonso Martínez, religiosa Josefina de la Stma. Trinidad, Plasencia (Cáceres), sin fecha.

¹⁴³ Testimonio n. 59, de Sor Lucía M^a Hidalgo de Caviedes, Oblata de Cristo Sacerdote, Madrid, 17 de Mayo de 1976.

¹⁴⁴ Testimonio n. 77, de D^a Carmen Martínez, Guadalajara, 15 de Noviembre de 1977.

Ponemos fin a los testimonios con los de dos mujeres, una de ellas madre de familia, a quienes el Siervo de Dios acompañó y dirigió espiritualmente durante largos años:

Doña Elena M. Larrarte nos dice de él: “La gloria de Dios y su amor a Él era el todo de su vida. De él mismo nunca hablaba, si no se le preguntaba; no daba ninguna importancia a sus cosas; no se quejaba ni lamentaba de nada; completamente entregado a la voluntad de Dios. La salud de su cuerpo era mala, pero maravillosa la de su espíritu. Siempre encontré en él comprensión y ayuda, consuelo y paz sobrenatural”.¹⁴⁵

“Desde el primer día advertí que estaba ante un hombre lleno de Dios. Su dirección fue para mí, a lo largo de veinte años, una gracia muy especial. No advertí en él ni un



Roma. Don Juan Sánchez Hernández. (primero por la derecha)

movimiento de impaciencia ni una falta de caridad al hablar de personas o hechos. Nunca le vi perder su serenidad. Era feliz sintiéndose hijo de la Iglesia. Reverenciaba al Papa. Su fama de virtud era reconocida. Tenía visión sobrenatural para enfocar todo; no obstante, nunca me influyó con sus puntos de vista ni me restó libertad al tomar decisiones. Era enormemente respetuoso ante la

¹⁴⁵ Testimonio n. 92, de D^a Elena M. Larrarte, Madre de Familia, Madrid, sin fecha.

acción de Dios en las almas”.¹⁴⁶

Tal es la semblanza de un hombre dedicado de por vida al Sacerdocio de Jesucristo. Es unánime el testimonio de quienes le conocieron como profesor, director espiritual, superior de seminarios, fundador.

Fue de nuestra misma pasta; con virtudes, con deficiencias, como tu, como yo, como usted. Esto, a mi parecer, es importante porque da ánimos, da confianza. Todos podemos llegar a la talla que Dios soñó para cada uno; no “a base de puños”, no, no va por ahí. El Siervo de Dios Juan Sánchez Hernández nos lo ha demostrado. Él nos da su mano, su apoyo para caminar. Él encontró la perla, el tesoro del Evangelio. Descansó toda su vida en los brazos del Padre y confió.

Se veía reflejado en los Apóstoles, cobardes, flojos, hasta que Jesús los fue educando junto a Él y el Espíritu los afinó y transformó. Una vez más, se cumplió en don Juan la Palabra: “porque lo débil del mundo lo escogió Dios para humillar a lo fuerte”.

Es un mensaje para interiorizarlo.

María Concepción Martínez Mainar

Madrid, Septiembre 2002

¹⁴⁶ Testimonio n. 93 de D^a Mauricia González Heras, Madrid, sin fecha

Siglas

MASSJS	Madrid, Archivo Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote
RAH	Roma, Archivo Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos